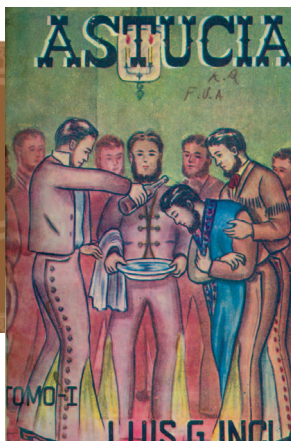


Astucia

El jefe de los Hermanos de la Hoja
o los charros contrabandistas de la Rama



Luis G. Inclán

Manuel Sol

Edición, prólogo y notas

TOMO I



BIBLIOTECA AMERICANA
Proyectada por Pedro Henríquez Ureña
y publicada en su memoria

Serie de
LITERATURA MODERNA
Pensamiento y Acción

ASTUCIA
EL JEFE DE LOS HERMANOS DE LA HOJA
O LOS CHARROS CONTRABANDISTAS DE LA RAMA

LUIS G. INCLÁN

ASTUCIA

*El jefe de los Hermanos de la Hoja
o los charros contrabandistas de la Rama*

Novela histórica de costumbres mexicanas con episodios originales,
escrita por Luis G. Inclán en vista de auténticas apuntes
del protagonista

TOMO I

Edición, introducción y notas de
MANUEL SOL



UNIVERSIDAD VERACRUZANA
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2005

Inclán, Luis G.

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama / Luis G. Inclán ; ed., introd. y notas de Manuel Sol. — México : FCE, Universidad Veracruzana, 2005

670 p. ; 21 × 14 cm — (Colec. Biblioteca Americana. Ser. Literatura Moderna Pensamiento y Acción)

ISBN 968-16-7532-0 (Tomo I)

968-16-6993-2 (Obra completa)

1. Novela mexicana 2. Literatura mexicana — Siglo — XIX I. Sol, Manuel, ed. II. Ser III. t

LC PQ7297 .I6 A8

Dewey M863 I648a

Comentarios y sugerencias: editor@fce.com.mx

www.fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55)5227-4672 Fax (55)5227-4694

D. R. © 2005, UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Dirección Editorial, Apartado Postal 97, C. P. 91000, Xalapa, Veracruz

D. R. © 2005, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 968-16-6993-2 (obra completa)

ISBN 968-16-7532-0 (tomo I)

ISBN 978-607-16-3316-3 (PDF)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ALGUNOS JUICIOS SOBRE ASTUCIA

Jamás antes que Inclán, en la novela mexicana, se conoció el arte de cautivar con el juego de la acción y de la pasión desbordada, tanto como con el fluir de la vida total de la que las páginas son mero trasunto. Entretiene y cautiva, sí, y escribiendo con sinceridad y viendo con verdad, nos interesa profundamente. Es ameno; la narración brota de su pluma con facilidad pasmosa.

CARLOS GONZÁLEZ PEÑA, *Luis G. Inclán en la novela mexicana*, 1931

Lo que me cautiva y me maravilla es su extraordinaria receptividad del lenguaje popular, al grado que no hay palabra, modismo, refrán o frase mexicanos que no se hallen en esta amena selva de nuestro desarrollo lingüístico, al través de nuestra historia de cuatro siglos. Eso es lo que constituye la individualidad de Inclán, y lo que andando el tiempo lo colocará en un pedestal de gloria nunca igualado y difícilmente superable en lo futuro.

VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ [respuesta al discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, pronunciado por Carlos González Peña, en 1931]

Astucia está construida dentro de la estructura novelística pura. Jamás el autor se detiene a hacer gala de propagandista, apóstol o educador. Su designio es hacer una narración amena. Su novela tiene el desinterés de la verdadera obra de arte.

MARIANO AZUELA, *Cien años de novela mexicana*, 1947

Es, sobre todo, [...] su diluido, modesto, cautivador mensaje indirecto de llamado a la tierra: su credo de sencilla felicidad campirana: su condensación de la esencia de nuestras más auténticas virtudes; [...] lo que hace de Astucia el arquetipo ideal del mexicano; de Inclán, nuestro mayor novelista; y de la obra, que el lector se dispone a saborear, una que ningún mexicano debería desconocer.

SALVADOR NOVO, "Prólogo" a *Astucia*, México, 1946

El gran acierto de Inclán consiste en haber hallado un equivalente literario fluido y eficaz de la narración oral. Así, la novela no parece escrita sino contada de viva voz, con una gran variedad de tonos e inflexiones.

JOSÉ EMILIO PACHECO, "Luis G. Inclán en *La novela de aventuras*", 1991

NOTA PRELIMINAR

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama de Luis Inclán, una de las mejores novelas de aventuras que se han escrito en español, fue publicada en la imprenta del mismo Inclán, entre 1865-1866. La novela pronto se convirtió en una de las obras más leídas en la segunda mitad del siglo XIX, incluso al grado de que, como afirmaba don Francisco Pimentel en sus *Novelistas y oradores mexicanos (Obras completas, V, México, Tipografía Económica, 1903-1904, p. 338)* vino a sustituir, entre las obras de entretenimiento popular, al *Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi, y a eclipsar, al decir de Manuel Toussaint, a todos sus rivales, alcanzando una “popularidad tan extraordinaria que sus ediciones se han hecho rarísimas” (“Prólogo” a *El libro de las charrerías* de Luis Inclán, México, Porrúa, 1940, p. vi).

La presente edición de *Astucia* es la primera tentativa de una edición crítica. Tomo como texto base la de 1865-1866. Reviso la edición de Bouret (1909), que enmienda en muchos aspectos la *princeps*; la de Salvador Novo (1946); y la de Promexa (1979). Esta última, por ser una de las más recientes y por haberse distribuido en miles de ejemplares. Intento con este trabajo responder al deseo de Manuel Toussaint, quien hacia 1940 echaba de menos una edición de *Astucia* que, independientemente de la confiabilidad del texto, estuviera acompañada de las “notas necesarias” y del “vocabulario” que aclarara la riqueza de palabras, refranes y locuciones que formaban parte del habla de aquel campesino, charro, quizá *hermano de la hoja*, que en sus ratos de ocio ponía por escrito las reglas a las que debían someterse los colegiales que querían colear y lazar, las reglas a las que debían sujetarse los aficionados de las peleas de gallos, o bien que, aprovechando sus dotes de narrador, convertía en literatura sus viven-

cias y los relatos orales, que serían el deleite no sólo de la gente del pueblo, como él suponía, sino también de lectores como Carlos González Peña, Victoriano Salado Álvarez, Mariano Azuela, Manuel Toussaint, Salvador Novo, Martín Luis Guzmán, Emmanuel Carballo, etc. Todos ellos empezaron a estudiarla y comentarla haciendo notar el injusto ostracismo al que la había relegado la crítica académica, pues sus méritos literarios —independientemente de que algunos sólo veían en ella un acervo rico e inagotable del habla mexicana del siglo XIX— no la hacían desmerecer al lado de las mejores novelas escritas en aquella época.

La información de las notas de carácter geográfico procede, en lo general, de obras contemporáneas a la novela; *verbi gratia*, de las *Noticias para formar la historia del Obispado de Michoacán* de José Guadalupe Romero, obra publicada en 1862; sin embargo, aunque Inclán suele ser muy preciso en sus alusiones topográficas, hasta tal grado que en ocasiones se puede precisar el itinerario de sus personajes, en no pocas ocasiones ha sido imposible identificar algunos lugares, ya sea porque han desaparecido, porque se han transformado con el paso del tiempo, porque se trata de sitios o parajes de conocimiento local, o bien porque Inclán no pretendía escribir una obra histórica sino una obra de entretenimiento en la que la referencia a un espacio era necesaria sólo para que sirviera de sostén a su narración novelesca.

INTRODUCCIÓN

1. *ASTUCIA* Y SUS EDICIONES

El 16 de noviembre de 1864, Luis Inclán (1816-1875), autor ya para entonces de *Reglas con que un colegial pueda colear y lazar* (México, Imprenta de Inclán, 1860) y de *Recuerdos del Chamberín* (México, Imprenta de Inclán, 1860), se dirigió al Ministerio de Justicia de Maximiliano de Habsburgo, emperador de México, con el propósito de obtener la aprobación de la publicación y la propiedad literaria de su novela *Astucia*, en los siguientes términos [la ortografía y la puntuación son las del original]:

Luis Inclán vecino de esta Capital en la Calle de San José el Real número 7 Antigua Litografía. Autor de la Novela histórica de costumbres mexicanas titulada *Astucia* Gefe de los Hermanos de la Oja, ó los Charros contrabandistas de la Rama, ocurre a S.M.I. acompañando el manuscrito original en 752 fojas sueltas, para que si lo tubiera á bien se sirva mandarlo a sensurar, aunque nada tiene dicha novela que sea contra la buena moral y política. Por tanto a S.M.I. suplico se digne darme su superior permiso para su publicación, y que obtenga la propiedad que como autor me concede la ley devolviéndome mis originales. México, nobiembre diez y seis de Mil ochocientos sesenta y cuatro.

Señor.
Luis Inclán.¹

La propiedad literaria le fue concedida el 21 de febrero de 1865, y ese mismo año empezaron a imprimirse, en los talleres del autor, los primeros cuadernillos del primer tomo, que se vendían por entregas. La portadilla decía: *ASTUCIA EL GEFE / DE LOS /*

¹ *Apud* Hugo Aranda Pamplona, *Luis Inclán "El desconocido"*, Cuernavaca, Manuel Quesada Brandi Editor, 1969, p. 55.

HERMANOS DE LA HOJA, / O LOS / CHARROS CONTRABANDISTAS / DE LA RAMA. / NOVELA HISTÓRICA DE COSTUMBRES MEXICANAS, / CON EPISODIOS ORIGINALES, ESCRITA POR LUIS INCLÁN EN VISTA DE / AUTÉNTICAS APUNTACIONES DEL PROTAGONISTA, AMENIZADA / CON SUS CORRESPONDIENTES LITOGRAFÍAS./TOMO I./ MÉXICO. / IMPRENTA DE INCLÁN, CERCA DE SANTO DOMINGO, NÚM. 12. / 1865.

En 1865, Luis Inclán —que a veces firmaba como Luis G. Inclán— tenía dos imprentas: una, en la Cerca de Santo Domingo núm. 12, y otra en San José el Real núm. 7. Esta última aparece registrada en algunos documentos como Imprenta de Estampas, Litografía y Grabados, en donde, como su nombre lo indica, expendía “estampas, escapularios, varias oraciones, rezos devotos, alabanzas y trisagios.”² En sus talleres se imprimieron —aparte, como acabamos de ver, de sus propios trabajos—, entre otros periódicos, *El látigo*, *La Borrasca*, *El Cucharón*, *La Jarana*, *La Orquesta*, *Doña Clara* y *La Patria*; además de algunos libros como la segunda edición de *El Jarabe* (1861) de Niceto de Zamacois, la reimpresión del *Diario de un testigo de la guerra de África* (1861) de Pedro Antonio de Alarcón, una edición más de *El Periquillo* (1865) de José Fernández de Lizardi, y *Un hereje y un musulmán* (1870) de José Pascual Almazán, que aparecía entonces bajo el pseudónimo de *Natal del Pomar*. Así que si los talleres de imprenta de Inclán no eran los mejores de aquella época, cubrían las exigencias de los periódicos y libros como los anteriormente citados. De aquí que resulte sumamente extraño el descuido con que fue impresa la novela, cuyas aberraciones ortográficas, sintácticas y de puntuación sólo podían tener cabida en la literatura popular y de cordel. ¿Qué razones explican este descuido? Proverbial es entre los críticos de Inclán su incultura. Se le ha llamado simplemente *ranchero*, *charro impresor*, *escritor espontáneo*, *escritor bárbaro e incorrectísimo*, etc. ¿Se habrá ocupa-

² Manifestación de Luis Inclán, en cumplimiento del decreto de julio de 1863, expedido por la Regencia sobre la Ley de Imprenta. *Ibid.*, p. 47.

do el mismo Luis Inclán en parar el texto, o a falta de encargos habrá puesto a sus operarios a trabajar en el texto de su obra, quienes lo habrán hecho a regañadientes y de mala gana? Imposible saberlo. El caso es que apareció plagada de errores y erratas que debieron haber escandalizado a sus compradores. Quizá esta incuria explique que Ignacio Manuel Altamirano —aunque *Astucia* ejemplificara en gran parte sus ideas nacionalistas, ideas que una vez acabada la lucha armada contra los conservadores se encargaría de difundir, entre otras publicaciones, en sus *Revistas literarias*— nunca le haya concedido mayor importancia; y es que a un escritor como Altamirano, aparte de dar a conocer la historia, cultura y tradiciones de México, también le importaba la corrección, el casticismo y la pulcritud académica. En este sentido, y en otros muchos, *Clemencia* se encontraría en el polo opuesto de *Astucia*. Por otra parte, el público lector de *Clemencia* fue, sobre todo, el que comulgaba con las ideas liberales de su autor. *Astucia*, en cambio, encontró a sus mejores lectores en aquellos hombres ajenos a preocupaciones partidistas y quienes buscaban en él simple y sencillamente diversión, placer, entretenimiento.

El segundo tomo apareció en el transcurso de 1866 y se terminó de imprimir la última semana de septiembre, según anunciaba *La Patria*:

Esta semana concluye la publicación de la interesante y divertida novela histórica de costumbres mexicanas, titulada: *Astucia, jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama*; la obra en cuadernos, vale 4 pesos con sus 33 estampas.

La buena aceptación que ha tenido me pone en la obligación de dar a mis numerosos suscritores las debidas gracias por su bondad, y al mismo tiempo anunciarles que pronto se publicará otra de la misma clase que llevará por título: *Los tres Pepes, o el consejo de los tres*.- L. Inclán.³

³ *La Patria*, México (20 de septiembre de 1866).

Esta última novela, así como *Pepita la planchadora*, nunca las llegó a publicar y ambas se destruyeron en un incendio cuando el doctor Juan Daniel Inclán, hijo del autor, viajaba rumbo a Tlacotalpan en el vapor *San Andrés* en 1884, según le confesó a José de Jesús Núñez y Domínguez.⁴

En 1890, también en los talleres de Inclán, apareció una supuesta segunda edición de *Astucia*; y digo supuesta porque independientemente de la portadilla, en la que se actualiza la ortografía, se modifica el año de edición y la dirección de la imprenta (San José el Real núm. 16), casi en su totalidad se trata de la edición de 1865-1866, salvo algunos cuadernillos impresos en otro papel y con una ortografía todavía más lamentable.

Hubo que esperar hasta 1908 para que se hicieran dos ediciones más de *Astucia*: una de la Viuda de Bouret y otra de *El Imparcial*. Ambas corrigen la puntuación y las innumerables faltas de ortografía, pero adolecen de las mismas incurias tipográficas que las anteriores.

En 1922 apareció la de *Cronos*; en 1939 la de Publicaciones Herrerías; y en 1945 la de la Editorial Hispano-Mexicana. Estas tres ediciones incurren en los mismos defectos que la de Bouret y la de *El Imparcial*, y no representan ninguna mejora en la historia del texto. Sobre la tercera, decía Manuel Toussaint que era “desastrosa” en “papel” y en “impresión”,⁵ y la misma observación podría valer para las otras dos. Caso distinto fue la que publicó la editorial Porrúa en 1946 bajo el cuidado de Salvador Novo. Para su edición, Novo tuvo a la vista la que podríamos considerar como *princeps* y la de Bouret; corrigió también las faltas de ortografía, introdujo modificaciones en la puntuación, eliminó la división en dos partes de la obra y numeró de corrido los capítulos. Sin embargo, no fue congruente con sus criterios de edi-

⁴ José de Jesús Núñez y Domínguez, “El novelista Inclán”, en *Los poetas jóvenes de México*, París / México, Bouret, 1918, p. 87.

⁵ Manuel Toussaint, “Prólogo” a *El libro de las charrerías* de Luis Inclán, México, Porrúa, 1940, p. x.

ción; y lo que es peor, omitió algunas frases, oraciones y fragmentos, o bien dejó el texto tal como se encontraba en la *editio princeps* cuando era obvio que había que depurarlo, porque las líneas se encontraban “empasteladas” y no se entendía su sentido.⁶ En 1951 apareció la de la Editora Nacional, que es un facsímil de la de Bouret; y en 1966 la de la colección “Sepan cuántos...” de Porrúa, que es idéntica a la de 1946, salvo que ahora aparecía en un solo tomo. En 1979, Promexa Editores, con un prólogo de Felipe Garrido, publicó una edición que, aunque en la página legal se afirma que la “presente edición está basada en la de la Imprenta de Inclán, México, 1865”, procede de la de Salvador Novo, según se puede comprobar en el registro de “variantes” y omisiones de la edición que hoy publicamos. Finalmente, en cuanto a la edición de Océano, publicada en 2001, habrá que decir que también procede de la de Salvador Novo.

Cito, a guisa de ejemplo, algunas de estas “variantes” para mostrar todo lo que vengo diciendo. La primera lista, en cursiva, procede de nuestra “lección” y siempre coincide con la *editio princeps*, salvo cuando se trata de erratas evidentes. La sigla *O* se refiere a la edición de 1865-1866; la *B*, a la de Bouret; la *SN*, a la de Salvador Novo; y la *P*, a la de Promexa:

1. *rengo* : rengo *SN, P*
2. *haiga* : haya *B*
3. *ha hecho una publicación completa del descrédito de la niña, hasta el extremo de ponerla a precio cual si realmente fuera una depravada criminal* : ha hecho una depravada criminal; naturalmente esta campanada va al extremo de ponerla a precio cual si realmente fuera una depravada criminal *SN, P*
4. *aguardientero*: aguardentero *B, SN, P*
5. *puedes elegir al que te convenga; consúltalo con tu corazón y : om. B*
6. *satisficiera* : satisficiera *B, SN*
7. *el Oro* : el Loro *O, B, SN, P*

⁶ Véase el segundo párrafo del capítulo XXVII de su edición, t. III, p. 281.

8. *bota de campana* : bota de campaña *B, SN, P*
9. *Tepatitlán* : Pantitlán *O, B, SN, P*
10. *meope* : miope *B, SN, P*
11. *pasié* : paseé *B, pasée SN, P*
12. *que es un pillo* : *om. B, SN, P*
13. *se mecía de los cabellos* : se mesaba los cabellos *SN, P*
14. *trastrabillar* : trastabillar *B, SN, P*
15. *se acomodió* : se acomodó *B, SN, P*
16. *devisan* : divisan *B*
17. *Conque mucho cuidado y hasta la vista tía Ciriaca* : *om. SN, P*
18. *de sus parasismos* : de sus paroxismos *SN*, de su paroxismo *P*
19. *el encino* : la encina *B*
20. *arciones* : arzones *B, SN, P*
21. *pierniquebrado* : perniquebrado *B, SN, P*
22. *sambutieron* : zambulleron *B*
23. *intratos* : nitratos *B*
24. *traite* : traéte *B, SN, P*
25. *¡Amiren, amiren!* : ¡Admiren, admiren! *B, SN, P*
26. *jallamos* : hallamos *B, SN, P*
27. *caláveres* : cadáveres *B, SN, P*
28. *ouí* : ohuí *O, oí B, SN, P*
29. *quemadas* : quemaduras *B, SN, P*
30. *cocinear* : cocinar *P*

Como puede observarse, después de un examen atento de estos ejemplos, la mayor parte de las “variantes” obedecen al deseo de sus editores por ofrecernos un Inclán “correcto”, “castizo”, “académico”, libre de palabras y locuciones propias de la gente del campo mexicano; deseo que, tratándose de una novela rural, costumbrista e “histórica”, como reza el subtítulo, o si se quiere “realista”, en el sentido de que sus anécdotas están tomadas de la realidad inmediata, es un atentado de lesa estética. ¿Quién que no conozca a nuestra gente de campo se sorprenderá de que un campesino diga: *rengo, haiga, aguardientero, satisfaciera, meope, pasié*, etc.? Ciertamente, Inclán no puso estas palabras en cursiva, porque no

le hubiera alcanzado el metal de su imprenta. Corregir las faltas de ortografía me parece aceptable, porque al fin y al cabo innumerables originales se han sometido a la corrección ortográfica y de puntuación, sin que por esto se haya menoscabado su calidad literaria; sin embargo, modificar las palabras y las locuciones, bajo el criterio de que no forman parte de la norma culta, me parece que se trata de un atentado contra el estilo del escritor, sobre todo si este lenguaje le sirve para caracterizar a sus personajes. Tal es el caso de Simón, uno de los arrieros que pudieron escapar de la emboscada que les tendieron a los *Hermanos de la Hoja* y que ahora acompañan al coronel Astucia como jefe de Seguridad Pública en el Valle de Quencio. Este personaje dice *intratos* en lugar de “nitratos”; *amiren*, en lugar de “admiren”; *ouí*, en lugar de “oí”; *jallamos*, *caláveres*, *ññita*, etc. Sin embargo, *B*, *SN* y *P* corrigen una y otra vez su estilo.

En otras expresiones, tampoco tenían los editores de *Astucia* el derecho de hacer correcciones. Cuando Inclán escribe *bota de campana*, se está refiriendo a una parte de la indumentaria del rancharo o charro mexicano y que, por ejemplo, un español como Niceto de Zamacois describe en su obra *El Jarabe* y nos dice que es “semejante a la polaina de montar de los andaluces”.⁷ Cambiar esta expresión por *bota de campaña*, como lo hace *B*, *SN* y *P*, indica desconocimiento de la manera de vestir de la gente del campo mexicano en el siglo XIX. Lo mismo ocurre con *arciones* por *arzones*: cuando el narrador cuenta la competencia entre *Astucia* y el *Buldog*, para ver cuál de los dos era más hábil en colear un toro, dice de este último que en vano para irritar al toro le metió “tres arciones”, pues ya se había hecho remolón. “Arción”, como dice Carlos Rincón Gallardo en su *Diccionario ecuestre*, es la “correa que cuelga del estribo”,⁸ y *arzón* es el fuste o la pieza de madera que lleva en la parte anterior y posterior la silla de montar.

⁷ Niceto de Zamacois, *El Jarabe*, Méjico, Imprenta de Luis Inclán, 1861, pp. 221-222.

⁸ Carlos Rincón Gallardo, *Diccionario ecuestre*, México, Talleres Gráficos de la Penitenciaría, 1945.

En el capítulo v de la segunda parte, *Chepe Botas* cuenta a sus compañeros cómo Carlitos, quien había sido amigo suyo y novio de su mujer, asalta su rancho en compañía de otros “pronunciados” y destruyen sus bienes. Él, ante el temor de que lo colgaran en los mismos fresnos que había sembrado, daba “de barato” cuanto se llevaron, incluso la “maula de su mujer”, que ante la aparición de Carlitos puso “una carita de fiesta” y partió gozosa sin acordarse de su hija:

Así que se perdieron de vista, me arriesgué a bajarme temeroso de que volvieran; busqué a Lupe y cuando estábamos lamentando mi saqueo, llegó la fuerza de la villa; me creyeron en relación con el bribón de Carlitos; también robaron lo que les pareció, pretextando que yo lo había ocultado; catearon la casa y dispusieron llevarme preso por haber dado abrigo y socorros al enemigo, pues se encontraron en la caballeriza un caballo muy asoleado que relevaron con uno mío; me resistí, y después de darme de trancazos, tuve que caminar a pie y andando entre filas hasta la villa, en donde *me sambutieron* a la cárcel.

Pues aquí, en donde *O* escribe “me sambutieron a la cárcel”, *B* lo sustituye por “me zambulleron en la cárcel”, debido a que, en efecto, el mexicanismo “sambutir” es para algunos lexicógrafos deformación de “zambullir”;⁹ sin embargo, resulta obvio que se trata de un cambio irrespetuoso, pues además del cambio de significado (*zambullir*, dice el *Diccionario* de la Academia Española, en su edición de 1992, es “Meter debajo del agua con ímpetu o de golpe”), se anula el matiz dialectal que tiene el verbo *sambutir* en México y en Centroamérica, y que Francisco J. Santamaría escribe con *z* y define como un “vulgarismo” con el significado de “hundir, introducir, meter”.¹⁰

Inclán emplea varias veces el verbo *acomedirse*, que entre nosotros equivale a “prestarse de buena voluntad y gracia a

⁹ Darío Rubio, *La anarquía del lenguaje en la América Española*, II, México, 1925, p. 347.

¹⁰ Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, México, Porrúa, 1992.

hacer cualquier trabajo o servicio que no es obligatorio”. Pero cuando en *O* Atanasio Garduño, mejor conocido como *Tacho Reniego*, cuenta su estancia en la casa de diligencias de Puebla, dice: “allí servía de cuanto se ofrecía, iba de postillón algunas veces, otras de criado de postas; a todo *me acomodía* y eso me sirvió de que el administrador me tuviera algún aprecio y llegara yo a merecer su confianza” (cap. XIII). *B*, *SN* y *P* cambian *me acomodía* por *me acomodaba*, con lo cual, tomando uno de los sentidos del verbo *acomodar*, venía a significar lo contrario de lo se decía en *O*.

En otras ocasiones, más que de erratas, se trata de errores de autor que sus editores han seguido repitiendo. Tal es el caso de “*el Loro*” y de “*Tepatitlán*”.

Cuando Lorenzo y su padrino el coronel revisan el pequeño cofre que había escondido Refugio para preservarlo de su tío, quien, como albacea, en lugar de cuidar, robaba todos sus bienes, encuentran en él, además de joyas y dinero, algunos documentos; entre éstos, “tres escrituras de acciones de minas en Angangueo, El Oro y Tlalpujahua”. Pero todas las ediciones de *Astucia*, incluyendo la primera, dicen, en lugar de “el Oro”, “el Loro”, error evidente, ya que, además de tratarse de una palabra propensa a la confusión, el único mineral que existe en esa región es el de “El Oro”, en el Estado de México, casi en los límites con el de Michoacán y muy próximo a Angangueo y Tlalpujahua.

Cuando Alejo Delgado le presenta a Lorenzo Cabello, el futuro *Astucia*, a los demás integrantes de los *Hermanos de la Hoja*, y le toca su turno a Juan Navarro, le dice que es “natural de Tepantitlán [*sic*], cerca de Guadalajara, y se titula el *Tapatío*” (cap. VIII). Pero en el resto de la novela, y sobre todo a partir de cuando Juan Navarro cuenta su historia (segunda parte, cap. VI), en lugar de “Tepantitlán” (en mi lección he dejado *Tepatitlán*) siempre se lee, tanto en la primera edición como en las demás, “Pantitlán”, error explicable no sólo por la similitud fonética, sino porque Pantitlán era sitio conocido en la ciudad de México y por lo tanto familiar a los tipógrafos de la imprenta de Inclán.

Finalmente, quiero decir que solamente en una ocasión estuve tentado a secundar a Salvador Novo en sus correcciones. Me refiero a aquel pasaje, en el capítulo X de la primera parte, en el que Clarita, la que sería mujer de *Pepe el Diablo*, al narrar el supuesto dolor de su padrastro por la muerte de su madre —ya que él es precisamente quien ha tramado el asesinato de su actual mujer en complicidad con Rufina, el ama de llaves—, dice que, frente a los amigos con los cuales llegó “armó bastante escándalo”:

... quería matarse con una pistola, la que con dificultad le quitaron de la mano; bramaba como un toro, se mecía de los cabellos y no quería separarse de la mitad de su alma, según decía.

Salvador Novo cambia la expresión “se mecía de los cabellos” por “se mesaba los cabellos”, como puede leerse en innumerables obras neoclásicas o románticas; sin embargo, he preferido dejarla tal como se encuentra en el original, sobre todo atendiendo a que el autor la pone en boca de un personaje cuya narración está llena de expresiones coloquiales.

Ofrezco, pues, la primera edición crítica de *Astucia* en la que, respecto al texto, sigo la *editio princeps* con el propósito, empleando las palabras de Inclán, de no desfigurar el dialecto de Lorenzo Cabello, y yo agregaría, ni el del narrador o de los narradores de la novela.

2. *ASTUCIA*, ¿NOVELA HISTÓRICA?

Luis Inclán anuncia en el subtítulo su novela como “histórica” y así la han considerado algunos de sus críticos.¹¹ Pero conviene preguntarse ¿qué entendía Inclán por “histórica” y hasta qué

¹¹ Luis González Obregón decía de Luis Inclán: “Escribió una novela de costumbres mexicanas e histórica [...] Aunque mucho deja que desear esta novela, es sin embargo interesante desde el punto de vista histórico” (*Breve noticia de los novelistas mexicanos*,

grado puede considerarse como tal según los criterios actuales? En el mismo subtítulo precisa que narra “costumbres mexicanas, con episodios originales, [...] en vista de auténticas apuntes del protagonista”. Veamos más detenidamente el asunto.

La vida de los *Hermanos de la Hoja* transcurre en Jungapeo, Tuxpan, Tepatitlán, Querétaro, San Felipe del Obraje, Toluca, la ciudad de México, Cuautla, Puebla, Tlaxcala, Huamantla, etc. Se precisa en la narración no sólo nombres de ciudades y pueblos, sino incluso de haciendas, ranchos y parajes, que nos permitirían, con más o menos exactitud, precisar sus itinerarios o los lugares en donde transcurrió la infancia y juventud de cada uno de ellos. El narrador conocía con detalle el recorrido que hacían desde la región oriental de Michoacán hasta el valle de Orizaba, en Veracruz, en donde se surtían de la hoja del tabaco, pasando por el Estado de México (incluyendo lo que es actualmente Morelos), Puebla y Tlaxcala.

Por otra parte, cuando refieren la vida de sus padres, aluden a la participación que tuvieron en la guerra de Independencia y se cita a Guerrero, a los hermanos Rayón, cuya familia estaba asentada en Tlalpujahua, o a sus enfrentamientos con los *tamarindos* del virrey o con regimientos de *Tres Villas* o los *Fieles del Potosí*; y cuando cuentan sus propias vidas hacen alusión a episodios o acontecimientos de la eterna disputa entre federalistas y centralistas. *Pepe el Diablo* describe, a grandes rasgos, el combate que tuvo lugar el 3 de mayo de 1839, entre las tropas de Antonio López de Santa Anna y José Antonio Mejía, en Acajete, estado de Puebla. Clarita, la mujer de *Pepe el Diablo*, cuando cuenta su historia ante el juez para descubrir el complot de que había sido objeto por parte de su padrastro y su antigua pil-mama, que pretendían quedarse con todos sus bienes, dice que,

México, Tipografía de O. R. Spíndola, 1889, pp. 24-25). Véase también el comienzo del artículo que le dedica Salvador Morales a *Astucia* en el *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, Caracas, Ayacucho, 1997, p. 411.

una vez muerta su mamá: “Inventó mi padraastro irse a la ciudad a establecer un comercio, huyendo al mismo tiempo de la epidemia...” (primera parte, cap. X). Sabemos que la ciudad es Querétaro y que la epidemia a la que se refiere es con toda probabilidad la del *Colera morbus* que, en 1833, entró a la República por Tampico y pronto se extendió a San Luis Potosí, Querétaro, Guanajuato, Jalisco, etc. Miguel E. Bustamante, en su artículo “La situación epidemiológica de México en el siglo XIX”, cita que

El 8 de agosto de 1833, llegaron a Guanajuato, mandados por Arista y Durán, las tropas levantadas en armas contra Santa Ana [*sic*] y Gómez Farías y andaban “infectadas de Colera morbus”; también estaban enfermos los soldados de Santa Ana y éste, obligado por la enfermedad, se retiró a Querétaro, pues sólo en la marcha de Querétaro a Silao perdió 2,000 hombres atacados del Colera.¹²

Atanasio Garduño, mejor conocido como *Tacho Reniego*, cuenta que entre sus familiares se encontraba Alberto Garduño, “*el Hércules mexicano* o el Sansón de este siglo” —cuyas hazañas de fuerza lo hicieron muy famoso y a quien todavía se le recuerda en San Felipe del Obraje (ahora del Progreso), en el Estado de México—, y el arzobispo don Manuel Posada y Garduño (1780-1846), por cuyo valimiento fue admitido en el Colegio Seminario de Porta Coeli de la ciudad de México.¹³

Cuando por primera vez Lorenzo Cabello, ya como jefe de los *Hermanos de la Hoja*, emprende su primer viaje a Orizaba, se

¹² Enrique Florescano y Elsa Malvido (recopiladores), *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México*, t. II, México, IMSS, 1992, p. 462.

¹³ Manuel Posada y Garduño fue preconizado arzobispo el 23 de diciembre de 1839 y se le consagró el 31 de mayo de 1840, siendo sus padrinos el presidente Anastasio Bustamante y el Cabildo Metropolitano. Marcos Arróniz, *Manual de biografía mejicana o galería de hombres célebres*, París, Librería de Rosa Bouret, 1857, pp. 267-271; Francisco Sosa, *El episcopado mexicano*, t. II, México, Jus, 1962, pp. 170-176.

hace acompañar de *Pepe el Diablo*. Éste le va enseñando todos los vericuetos y veredas por donde suelen hacer sus caminatas y le va dando a conocer todos los marchantes y agentes de seguridad que tenía puestos en varias partes para evitar algún encuentro con la policía del Resguardo del Tabaco; pero, a medida que avanzan, a Pepe le empieza a preocupar el no encontrarse por sus comederos a los bandidos del rumbo de Ameca, de Cuautla, Jantetelco y Jonacatepec, que merodeaban hasta Tetela de los Volcanes. Pero llegando a Tochimilco, estado de Puebla, los encuentran a todos ellos reunidos con motivo de estar en vísperas de la fiesta titular del pueblo. Ahí se encontraba “toda la flor y nata de los mañosos”, es decir, *Paco el Curro, la Barragana Vieja, el Eclipse, el Garabato, el Cuachichil, el Atepocate, el Barillero, el Cedacero, Polvolilla, el Quebrantahuesos, el Chagollero y Gata Mansa*, etc. Pero, de repente, llama la atención de Astucia uno en particular, a quien todos le tienen consideraciones y parece llevar la voz cantante. *Pepe el Diablo* le contesta que ése es don Polo, “el jefe de los *plateados* de Tierra Caliente”.

Ahora bien, aunque no se dan fechas, conviene precisar que los *plateados* surgieron, en buena parte, de las tropas que licenció Jesús González Ortega, en 1861, cuando terminó la Guerra de Reforma o de los Tres Años, y el apogeo de sus fechorías hay que situarlo entre ese año y 1864.

En la segunda parte de la novela, cuando ya han sido destruidos los *Hermanos de la Hoja* y Lorenzo Cabello figura como jefe de Seguridad Pública del Valle de Quencio, se hace referencia a las correrías de Mariano Paredes y Arrillaga en una de las múltiples ocasiones que marcha de Guadalajara a la ciudad de México (cap. IX). Sobre esta acción no hay mayores detalles; sin embargo, tendría que datarse antes de 1849, año en el que muere Paredes y Arrillaga en la ciudad de México.

Este breve panorama sobre la secuencia temporal de los acontecimientos narrados en *Astucia* nos permite concluir que el

autor, para organizar su materia narrativa, no se ajustó a la cronología histórica. Por otra parte, no hace ninguna alusión a acontecimientos tan importantes en la vida del país como la invasión estadounidense de 1946-1948, agresión que sufrió el propio Inclán de manera personal y directa cuando destruyeron su rancho y perdió su mejor caballo, según nos cuenta en los *Recuerdos del Chamberín*; tampoco se alude a la Guerra de Reforma o de los Tres Años.

¿Puede, entonces, considerarse *Astucia* como una novela histórica? ¿No será que, para su autor, *histórico* era, en una de las varias acepciones del término, sinónimo de “verdadero”, “real” o “verídico”, y que justifica la palabra *histórica* por el simple hecho de que, aparte de los “episodios originales”, procede de las “auténticas apuntes” del protagonista?

Me inclino a creer que es así, ya que, aunque sitúa sus anécdotas en un espacio identificable y en una época que abarcaría el segundo tercio del siglo XIX, no intervienen en ella figuras de la historia nacional como protagonistas, ni mucho menos organiza su información histórica o intrahistórica con la intención de explicarse situaciones claves en la historia de México. Si se alude al espacio y al tiempo de la acción, se debe a que ésta no puede darse sin estos soportes, pero no porque ocupen un lugar central en ella.

3. ESTRUCTURA Y SIGNIFICADO DE *ASTUCIA*

Luis Inclán nos dice, en el “Prólogo”, que conoció a Lorenzo Cabello, el protagonista de *Astucia*, en la hacienda de Púcuaro, situada al suroeste de Jungapeo, entonces jurisdicción de San Juan Zitácuaro, estado de Michoacán, acontecimiento que debió haber ocurrido a mediados de la década de los treinta, pues Luis Inclán, en efecto, se destinó —como él decía— en esa hacienda hacia 1834:

Un instante bastó para el reconocimiento y que se reanudara nuestra antigua amistad; mutuamente nos dimos cuenta de nuestra vida en los *veinticuatro años* transcurridos; y al ver las extrañas aventuras de mi buen amigo, lances críticos, fuertes compromisos, tristes desengaños y otras vicisitudes a que sólo con su constancia, viveza, valor y fuerza de voluntad pudo afrontar y salir bien librado, después de quince años de estar con la vida vendida, lo comprometí a que escribiéramos su historia para publicarla.

Ante esta declaración inicial del autor de *Astucia*, Salvador Novo se preguntaba cómo había llegado a concebir al personaje literario: por “la anecdótica” y “vulgar realidad de un encuentro y una confesión” o por “el maduro y artístico milagro de una gestación de todos sus recuerdos al polarizar en una vivencia que habría de cautivarlo durante largas noches en la creación sinfónica de una epopeya mexicana”.¹⁴ Novo, claro está, prefería inclinarse por la segunda opción, y no le hubiera costado ningún trabajo, si se lo hubiera propuesto, demostrar que, en efecto, Inclán, libre de toda atadura política y ajeno a toda escuela literaria, lo único que quería era contar las aventuras de Astucia y las de todos los *Hermanos de la Hoja* para entretener a sus lectores, esto es, proporcionar placer mediante el relato, que es en última instancia lo que convierte toda narración en una obra de arte.

De aquí que no le importe incurrir en anacronismos, ni que el lema de los charros contrabandistas de la rama, al fin y al cabo, aspecto meramente externo, fuera fácilmente identificable en *Los tres mosqueteros* de Dumas, o que su lenguaje, lejos de ser el de la lengua escrita, fuera el del español hablado en México a mediados del siglo XIX.

A partir de la narración del protagonista, Luis Inclán empezó a construir su relato y a crear sus personajes, modificando, claro

¹⁴ Salvador Novo, “Prólogo” a *Astucia* de Luis G. Inclán, t. I, México, Porrúa, 1946, p. XIX.

está, la materia prima inicial, pues, como hemos dicho, no pretendía hacer una obra cuya narración corriera paralela a la historia, sino hacer una obra de arte. Con razón dice Mariano Azuela que *Astucia* “está construida dentro de la estructura novelística pura. Jamás el autor se detiene en hacer gala de propagandista, apóstol o educador. Su designio es hacer una narración amena”.¹⁵

Ahora bien, ¿qué era lo que se escribía en México hacia aquellos años?

En lo que respecta a la novela, en México seguía cultivándose el relato romántico, a veces de carácter sentimental, a veces de carácter histórico, o bien combinándose ambas vertientes con un mayor predominio de una o de otra. Los títulos más conocidos: *El pistol del diablo* (1845-1846), de Manuel Payno; *La hija del judío* (1848-1850), de Justo Sierra O Reilly; *La guerra de treinta años* (1850), de Fernando Orozco y Berra; *Hermana de los Ángeles* (1854), de Florencio María del Castillo; *La clase media* (1858), *El diablo en México* (1858), *Gil Gómez el insurgente* (1858), de Juan Díaz Covarrubias; *El hombre de la situación* (1861), de Manuel Payno; *El monedero* (1861) y *La coqueta* (1861), de Nicolás Pizarro Suárez; *Ellas y nosotros* (1862), de José María Ramírez; *El Filibustero* (1864) y *La cruz y la espada* (1866), de Eligio Ancona. En ellas, cuando no predominaba una actitud pesimista, lacrimosa, sensiblera, nos encontramos con un idealismo con frecuencia ingenuo. De vez en cuando, las descripciones costumbristas o los excursos históricos les conferían algunos rasgos realistas, pero, en general, predominan los temas y las formas del romanticismo.

Frente a este panorama, no es extraño que Carlos González Peña diga que “Si al escritor hay que juzgarle en su ambiente y en su tiempo, yo no vacilaría en afirmar que Inclán es, en muchos respectos, superior a los novelistas que lo antecedieron y a casi todos sus contemporáneos”.¹⁶ Entre otras razones, porque

¹⁵ Mariano Azuela, *Cien años de novela mexicana*, México, Botas, 1947, p. 70.

¹⁶ Carlos González Peña, “Luis G. Inclán en la novela mexicana”, en *Claridad en la lejanía*, p. 113.

conoce el arte de la composición novelesca, porque posee una rica inventiva y porque sabe crear el interés dramático. “Jamás antes de Inclán —agrega— en la novela mexicana se conoció el arte de cautivar con el juego de la acción y de la pasión desbordada, tanto con el fluir de la vida total de la que las páginas son mero trasunto.”¹⁷ John S. Brushwood, por su parte, considera la aparición de *Astucia* como el acontecimiento literario más importante de la época de Maximiliano, pues, independientemente de la descripción precisa e ingeniosa que hace el autor de las costumbres rurales y del lenguaje popular, que es mucho más rico que el del *Periquillo*, la narración se hace atractiva por sus elementos picarescos y por su equilibrada estructura, sobre todo si se tiene en cuenta los innumerables acontecimientos de la vida de cada uno de los charros contrabandistas de la rama.¹⁸ Emmanuel Carballo, al conmemorarse los cien años de la publicación de *Astucia*, pasa revista a lo dicho por sus principales críticos, y después de afirmar que Inclán, más allá de escuela y tendencias, inundó de vida la literatura, cree que Inclán es superior a los narradores de la primera mitad del siglo XIX y de su tiempo, no sólo por poseer una mayor intuición, un lenguaje más fluido, una mayor soltura estilística, sino, sobre todo, porque “sabía contar historias”, “entretener, fascinar al lector”. *Astucia*, en suma, es para él el “milagro mexicano” del siglo XIX en el campo de las letras.¹⁹

Ciertamente, cuando apareció *Astucia*, todavía no publicaba Altamirano *Clemencia* (1869), ni Vicente Riva Palacio *Calvario y Tabor* (1868) ni sus largos novelones sobre asuntos coloniales, como *Monja y casada, virgen y mártir* (1868) o *Martín Garatuza* (1868), ni Juan A. Mateos sus novelas de asunto histórico, como *El Cerro de las campanas* (1868) o *El sol de mayo* (1868), por citar

¹⁷ *Ibid.*, p. 118.

¹⁸ John S. Brushwood, *México en su novela*, pp. 186-187.

¹⁹ Emmanuel Carballo, “El centenario de *Astucia*”, *México en la Cultura*, suplemento de *Siempre!*, México (3 de junio de 1965), núm. 172, p. vii.

sólo algunas de las más conocidas. Entre éstas, con las que se podría comparar es con las de Vicente Riva Palacio y Juan Antonio Mateos, ambos escritores de novelas extensas y de asunto histórico o semihistórico. La diferencia con *Astucia* es grande y sin duda alguna las aventaja a todas ellas en la disposición de la materia narrativa, humorismo, riqueza y fluidez de la acción, esta última una de las cualidades centrales de la novela de aventuras. Veamos ahora cómo está estructurada esta “epopeya sinfónica de la vida mexicana”.

Ante la multitud de acciones, peripecias, anécdotas, lugares, viajes, que se narran en la novela, pudiera parecer que su autor se limitó a ir yuxtaponiendo las aventuras de cada uno de los personajes sin ningún orden y concierto. Ésta es la impresión que han tenido algunos de sus lectores y críticos, ya que la inexplicable acusación, que han venido repitiendo muchos de ellos, de una ausencia de “forma” no se ha circunscrito a su lenguaje o estilo, sino también a su estructura narrativa. Así, por ejemplo, sin entrar en mayores detalles, Federico Gamboa la considera como una novela “difusa”;²⁰ y Mauricio Eduardo Charpenel Eyssautier dice que desgraciadamente Luis Inclán “falló en la forma”, “como tenía que ser —agrega—, puesto que la forma se adquiere como resultado lógico de una buena disciplina aunada a una amplia cultura general [...] Empero, al faltarle la forma, al tener que emplear una técnica ‘primitiva’, *Astucia* estuvo en peligro de zozobrar en el mar de la oscuridad y del olvido”.²¹ No explica este crítico qué entiende por técnica “primitiva”, pero dadas las constantes comparaciones que hace de *Astucia* con la novela picaresca, parece

²⁰ Federico Gamboa, *La novela mexicana*, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1914, p. 14.

²¹ Mauricio Eduardo Charpenel Eyssautier, *Luis Inclán. Nuevas aportaciones*, tesis de maestría en artes, México, UNAM, 1959, p. 86. Que el autor de ese estudio utiliza la palabra *forma* como sinónimo de estructura nos lo demuestra el siguiente pasaje: “Se podría atribuir el desconocimiento de la forma, así como el estilo desaliñado y descuidados de Inclán...” (p. 87).

referirse a este género, que se ha considerado, en más de una ocasión, una retahíla de episodios apenas unidos por la presencia de su protagonista. Esta manera tan simple de concebir la novela picaresca cae cada vez más en descrédito, pues pareciera que sus autores no tuvieran el menor conocimiento de la técnica narrativa.²² Ahora bien, teniendo en cuenta lo que se ha venido diciendo sobre la estructura de *Astucia*, conviene hacerse una pregunta esencial sobre su arte narrativo. ¿Diseñó Luis Inclán la estructura de su novela o simplemente fue acumulando episodios de una manera “difusa” y “falló en la forma” a causa de su incultura adoptando una “técnica primitiva”? Veamos con más detenimiento el asunto.

Astucia está dividida en dos partes. La primera consta de 16 capítulos, y la segunda, de 14. La novela va precedida de un “Prólogo” en el que se nos explica en qué consistía la asociación de los *Hermanos de la Hoja*, la personalidad y carácter de ellos y, finalmente, quién era su jefe, el charro Astucia, a quien el autor dice haber conocido en Michoacán: “En nuestra mocedad fuimos buenos amigos, sirviendo de dependientes en la hacienda de Púcuaro. Nos separamos en 1838 y no volvimos a vernos hasta 1863”. En un primer acercamiento al contenido de la novela es muy fácil ver que la historia central la constituye la vida del protagonista y que ésta puede dividirse en tres etapas: la primera narra su infancia, adolescencia y juventud; la segunda, sus aventuras como jefe de los *Hermanos de la Hoja* y, sobre todo, la vida de sus otros cinco integrantes: José López o *Pepe el Diablo*, Atanasio Garduño o *Tacho Reniego*, Alejo Delgado o *el Charro Acambareño*, José María Morales o *Chepe Botas*, y Juan Navarro o *el Tapatío*; y la tercera, una vez muertos en una emboscada los *Hermanos*

²² Don Fernando Lázaro Carreter, utilizando entre otros marcos teóricos el de los formalistas rusos, en particular el de Vladimir Propp, ha demostrado que la estructura del *Lazarillo de Tormes*, considerada por muchos críticos como la primera novela picaresca, no puede explicarse por este principio tan simple, propio más bien de los relatos folklóricos. Véase Fernando Lázaro Carreter, “Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*”, en *“Lazarillo de Tormes” en la picaresca*, Barcelona, Ariel, 1972, pp. 61-192.

de la Hoja, excepto Astucia, las astucias o “zanganadas” de éste para ayudar a las familias de sus “hermanos” como jefe de Seguridad Pública en el Valle de Quencio.

Ahora bien, si examinamos con mayor atención esta división esquemática, observaremos que la primera etapa consta de seis capítulos; la segunda de 18; y la tercera de seis.

O visto de otra manera: la primera parte comprende la historia de Lorenzo Cabello (I-VI: seis capítulos), la de *Pepe el Diablo* (VIII-X: tres capítulos) y la de *Tacho Reniego* (XIII-XV: tres capítulos); la segunda parte, la historia de Alejo Delgado (I-III: tres capítulos), la de *Chepe Botas* y la de Juan Navarro (V-VII: tres capítulos), y, finalmente, la historia del Coronel Astucia (IX-XIV: seis capítulos). Queda por asignarles función a los capítulos VII, XII-XIII y XVI de la primera parte, y a los capítulos IV y VIII de la segunda parte (seis en total), pero esto es bastante claro, pues a diferencia de lo que ocurre con cada una de las historias de los *Hermanos de la Hoja*, situadas casi en su totalidad en el pasado, la acción de estos capítulos transcurre en el presente y además sirve como elemento de enlace entre cada una de ellas. Así, por ejemplo, en el capítulo VII de la primera parte, después de que hemos conocido en los seis primeros la vida de Lorenzo Cabello, asistimos al ingreso de éste a la sociedad de los *Hermanos de la Hoja*, a su bautizo, en la que adopta el nombre de Astucia, y su arriero Simón Correa, el de *Reflexión*; al juramento de *todos para uno, uno para todos*, a su elección como jefe y, finalmente, a los festejos que se organizan en su honor. El capítulo termina cuando Astucia, en compañía de *Pepe el Diablo*, emprende su primer viaje y *Pepe el Diablo* se dispone a contarle su vida. Los capítulos XI y XII de la primera parte —y es la única vez que el narrador le dedica dos capítulos a la función de enlace— describen el recorrido que hacen Astucia y *Pepe el Diablo* desde los límites de Michoacán hasta el estado de Tlaxcala. Pero durante su recorrido se detienen en el rancho de la Soledad, en cuyos alrededores se enfrentan a varios bandidos como Chucho *el Grillo* y el español Abraham de los Reyes; más tarde, en el pueblo de Camila, una de las heroínas de

la novela, que ocupará un papel protagónico en la siguiente historia, la de *Tacho Reniego*; y, finalmente en el pueblo de Tochimilco, en donde Pepe le va describiendo a los principales bandidos que merodean por los rumbos de Ameca, Cuautla, Jonacatepec, Jantetelco, Río Frío, Tetela de los Volcanes, Tetela del Río y Puebla.

En el penúltimo párrafo del capítulo XII, una vez que todos los *Hermanos de la Hoja* se encuentran reunidos en Cuapiaxtla y antes de que *Tacho Reniego* cuente su vida, el narrador precisa que, gracias a las precauciones que tomaban:

... caminaban con tal suerte, que hacían muy bonito negocio; tenían marchantes por todas partes, principalmente de gente menesterosa que les pedían fiadas una, dos o más arrobas de hoja, a la vuelta de viaje se las pagaban después de haber buscado con ellas su subsistencia; no exigían fianzas, conocimientos, ni ninguna garantía, todos sus tratos eran a la palabra, y sus marchantes les cumplían religiosamente, los trataban muy bien, siempre eran bien recibidos, los vigilaban con eficacia; e infundiendo terror a los bandidos y miedo al Resguardo, se dieron a querer con todo el mundo, y seguían impávidos en su arriesgado comercio.

Y precisamente el capítulo XVI, que servirá de enlace entre la historia de *Tacho Reniego* y la de Alejo Delgado, y, al mismo tiempo entre la primera y la segunda parte, se inicia de manera semejante:

Concluyeron las aguas y continuaron los hermanos en su comercio, granjeándose por su liberalidad y buena conducta mil simpatías con cuantos los trataban, a la vez que infundían un miedo cerval a los bandidos que diariamente aparecían [...]

Este capítulo, que contiene la conclusión de la narración de la “Mujer herida”, cuyo inicio había narrado Astucia al final del capítulo XV, termina anunciando la persecución de que son

objeto los *Hermanos de la Hoja* por el *Bulldog*, uno de los jefes del Resguardo del Tabaco.

El capítulo IV de la segunda parte, después de la historia de Alejo Delgado, describe el sufrimiento que le causa a *Pepe el Diablo* la muerte de Clarita, su mujer; la decisión que toma de confiar a su hijo Enrique al cuidado de la familia de Astucia, y el escarmiento de *el Cascabel*, el *sabueso* que había denunciado a Lorenzo Cabello cuando se dedicaba al contrabando del aguardiente. Finalmente, el capítulo VIII narra el exterminio de los *Hermanos de la Hoja*, excepto el de Astucia, quien, a pesar de encontrarse al borde de la muerte a causa de sus heridas, logra restablecerse y más tarde huir de la cárcel de Tlaxcala, desde donde se dirige a Puebla y luego a Michoacán con el propósito de ayudar a las familias de sus hermanos muertos y cumplir su juramento de *todos para uno, uno para todos*.

Este segundo acercamiento muestra de manera más clara la intención de su autor de agrupar sus capítulos en múltiplos de tres, que corresponden a distintas etapas de la vida del protagonista o a la vida de cada uno de los demás *Hermanos de la Hoja*. Pudiera pensarse que en el caso de *Chepe Botas* y Juan Navarro la simetría se rompe, porque la vida de ambos está contada en los capítulos V, VI y VII de la segunda parte, pero hay que tener en cuenta que tanto el narrador como *Chepe Botas* y Juan Navarro declaran una y otra vez que sus vidas están íntimamente unidas y que por lo tanto forman una sola historia. Al final, por ejemplo, del capítulo IV de la segunda parte, cuando *Chepe Botas* inicia el relato de su vida, aclara:

—Vamos al caso, les contaré la primera parte, pues la segunda está ligada con la del Tapatío, y él las acabará de relatar porque ambos estamos unidos desde esa época.

Si tuviéramos que representar gráficamente la estructura de *Astucia*, podríamos hacerlo mediante el esquema de la siguiente página.

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE	6	I II III IV HISTORIA DE LORENZO CABELLO V VI	6
	1	VII ENLACE	18
	3	VIII IX HISTORIA DE PEPE EL DIABLO X	
	2	XI ENLACE XII	
	3	XIII XIV HISTORIA DE ATANASIO GARDUÑO XV	
SEGUNDA PARTE	1	XVI ENLACE	6
	3	I II HISTORIA DE ALEJO DELGADO III	
	1	IV ENLACE	
	3	V HISTORIA DE CHEPE BOTAS VI Y JUAN NAVARRO VII	
	1	VIII ENLACE	
	6	IX X XI HISTORIA DEL CORONEL ASTUCIA XII XIII XIV	6

Después de estas breves consideraciones sobre la estructura de *Astucia*, creo que parece indudable que antes de ponerse a escribir su novela, Luis Inclán organizó su materia narrativa atendiendo determinados núcleos del relato que contenían, por un lado, las historias de los *Hermanos de la Hoja* —la parte central de la obra— y, por otro, la historia de Lorenzo Cabello y la del coronel Astucia —al principio y al final de la obra—. En los dieciocho capítulos que constituyen la parte central, encontramos una serie de simetrías y correspondencias que contribuyen a darle todavía una mayor unidad, pues si las historias transcurren, por lo general, en el pasado, se encuentran íntimamente ligadas con el presente, es decir, con cada uno de los capítulos que sirven de nexo entre ellas. Sirva de ejemplo el personaje de Clarita, que aparece en los capítulos VIII, IX, X (historia de *Pepe el Diablo*) y XV (final de la historia de *Tacho Reniego*) de la primera parte, hasta que finalmente se nos da noticia de su muerte en el IV de la segunda parte. O bien, el personaje de Camila, que en principio es simplemente descrita, después es presentada (capítulo XI de la primera parte) y más tarde se nos proporcionan más detalles de su personalidad cuando conoce al señor Garduño, padre de su futuro esposo, y la observamos en plena acción cuando burla con sus compañeras al supuesto *Diego Corrientes* (capítulos XIV y XV de la primera parte). Ambos personajes conforman la unidad de toda la obra, pues Clarita sigue estando presente en el relato a través de los recuerdos de Lorenzo y de Enrique, hijo suyo y de *Pepe el Diablo*, que estudia en Morelia. Camila visitará a Astucia cuando se encuentra preso en Tlaxcala (capítulo VIII de la segunda parte) y será una de las mujeres que, sin mayor dificultad, “todo lo cuidaba y atendía, logrando muy descansadamente sostener a todos los que le pertenecían” (capítulo XIV de la segunda parte). Señalar las simetrías que existen entre los seis primeros y los seis últimos, y entre éstos y los dieciocho de la parte central, tampoco ofrece ninguna dificultad, pues, como hemos visto, en todos ellos está presente Lorenzo Cabello, en unos como protagonista, en otros como oyente, cuando sus hermanos cuentan sus vidas.

Astucia es, por lo tanto, una novela perfecta, armónica y equilibrada en lo que respecta a su estructura; no hay en ella cabos sueltos que permitan hablar de olvidos de autor; se encuentra más allá de ser una simple acumulación de historias y aventuras; obedece a un plan previo y perfectamente pensado en lo relativo a la acción y al suspenso. Todo esto es lo que permite considerarla como una de las obras maestras, o como quieren otros, el “milagro” o la “grande sinfonía”²³ de la narrativa mexicana del siglo XIX.

En el “Prólogo” a *Astucia*, que no tiene desperdicio en cuanto a las intenciones de su autor, resulta evidente la admiración que sentía por los *Hermanos de la Hoja* y, en particular, por su jefe, Lorenzo Cabello. El reconocimiento, el elogio, la apología, no se deja esperar. Equivocados están —dice a las primeras de cambio— quienes los han confundido con ladrones o asaltantes de camino, pues colgaban sin mucha ceremonia a todos los bandidos que se encontraban en sus correrías. Su presencia —nos dirá ya en el cuerpo de la novela—, anunciada por sus banderolas azules, hacía temblar a todos los facinerosos, que preferían huir o, cuando ya no les quedaba otra, mostrarse corteses y comedidos. Los *Hermanos de la Hoja* cifraban sus ideales en la sinceridad, en la honradez, en el trabajo, en el honor, en la amistad, en el amor y, antes que nada, en su dignidad como hombres y como individuos. Ellos no provocaban, lo único que querían —como dice Salvador Novo— era “comprar y vender en paz su tabaco, sostener a sus viejos, casarse, montar sus propios caballos, echar de vez en cuando un trago o una *festejada*”,²⁴ pues hasta la ambición por la tierra era ajena a sus deseos. Por eso condenan a todos aquellos que pretenden medrar sin ningún esfuerzo:

No sean sinvergüenceros, trabajen, expongan su dinero, arriesguen tantito el pellejo, rifense con quien les pueda contrarrestar, cuidado cómo se nos ponen a tiro porque los echamos a dormir y nunca

²³ Salvador Novo, *op. cit.*, p. XVIII.

²⁴ *Ibid.*, p. XXII.

dejaremos de colgar a cuanto malcriado quiera estorbarnos el camino por donde trabajamos [primera parte, cap. XVI].

Ellos están prontos a vengar cualquier afrenta, hecha no sólo a sus padres o a sus damas, sino también a cualquier hombre o mujer indefensos o desvalidos. La historia de la “Mujer herida” (primera parte, caps. XV-XVI), originaria de Tasco, a quien encuentran Astucia y *Tacho Reniego* en las cercanías de Yautepec, cuando la persiguen varios bandoleros, es una de las más significativas, pues no se contentan con defenderla y castigar a sus perseguidores, sino que también se ocupan de cuidar de su salud y, más tarde, de proporcionarle dinero para que se establezca en la ciudad de México, en donde se encontrará completamente a salvo. Lo mismo podría decirse de Manuel, en otro tiempo también contrabandista de tabaco y ahora, por diversos motivos, casi en la completa miseria; e incluso, el mismo Apolonio Reyes, el jefe de los *plateados* de Tierra Caliente, es uno de los hombres socorridos por los *Hermanos de la Hoja*, quienes, aun sin conocerlo, le prestan auxilio, pues como si fueran el *Caballero Manchego* no se ponen a averiguar si el que necesita ayuda es bueno o malo: basta que la necesite para que ellos se compadezcan de él. Con todos se muestran caritativos. Astucia, después de haber ganado en el juego en las fiestas de Tochimilco y antes de continuar su viaje, se dirige a la casa del cura del lugar para que sea el encargado de hacerles llegar su ayuda a los pobres, particularmente a los ancianos (primera parte, cap. XII). A los menesterosos —como hemos visto— les venden la hoja de tabaco a bajo precio o se la dejan fiada, sin ninguna condición, para que alivien su pobreza.

Defenderlos de la acusación de contrabandistas, de “comerciar con un efecto prohibido [...], esa manera de hacer fortuna tan justamente reprobada por gentes de buen criterio” —según apunta Inclán en el “Prólogo”—, nada es más fácil para un hombre que, aunque no lo supiera, participaba de todos los ideales del romanticismo. Y la defensa se la encomienda al mismo

Astucia, quien en el capítulo VIII de la segunda parte, cuando se encuentra preso en la cárcel de Tlaxcala, se defiende de cada una de las acusaciones del juez. Astucia argumenta, en primer lugar, que no está de acuerdo con la acusación de que los sorprendieron “con las manos en la masa”, porque esta expresión se aplica cuando atrapan a los ladrones con el robo que han hecho, y ellos transportaban el tabaco que habían comprado con su dinero; y, en segundo, que no consideraban justo respetar unas leyes, las del Estanco del Tabaco, heredadas del gobierno español cuando los mexicanos estaban bajo su dominio, porque, si no, de qué habrían servido tantos años de lucha por la independencia de la patria: “mal pueden quererse llevar al cabo esas malditas leyes —agrega— que nos impuso el despotismo y maniataba a los hijos del país, impidiendo su progreso para tenerlo como el juguete de su avaricia”. ¿Ante tales circunstancias, qué sentido tiene —se pregunta— decir que somos libres, que vivimos en una república y que ya no hay tiranos? Finalmente —concluye— ¿hasta qué grado puede considerarse legal que unos particulares —a quienes el gobierno independiente les había cedido los derechos del Estanco del Tabaco— cometan delitos como robar en despoblado y hacerse justicia por su propia mano, al amparo de un contrato basado en la usura, en el agio y en el monopolio, con un evidente perjuicio a terceros?

Como puede verse, se trataba ciertamente de leyes menores e injustas que los legisladores de la futura Constitución de 1857 se encargaron de derogar declarando el 21 de enero de 1856 libre la siembra, el cultivo, la elaboración y circulación del tabaco.²⁵

Ahora bien, al margen de su oficio de contrabandistas, en las cualidades de los hombres que integran la asociación de los *Hermanos de la Hoja*, ve Inclán a los genuinos representantes de los mexicanos, según declara en su “Prólogo”:

²⁵ Colección de efemérides publicadas en el *Calendario del más antiguo Galván*, México, Antigua Librería de Murguía, 1959, p. 30.

En estos charros se ve patentizado a toda luz el verdadero carácter mexicano, y virtudes naturales de los rancheros que figuran como gente de la clase media entre los fuereños en donde ajenos de los fingimientos de falsa política, con la mejor buena fe manifiestan los sentimientos de su corazón, probando con hechos su franqueza, hospitalidad, desinterés, respetos, sincera amistad y cuanto bueno y útil puede tener un hombre para sus semejantes.

Y es que Inclán, sin pertenecer a ninguna asociación política o literaria, es un hombre en quien se encuentran presentes la preocupación y el deseo de crear el nacionalismo mexicano o, por lo menos, sentar las bases de una conciencia en que se muestren las diferencias que separan a los mexicanos de los españoles, o bien, de aquellos que, aun sin serlo, se rigen con formas de vida y de cultura que los mantienen atados a una ideología, más que española, colonial. Sus personajes se muestran orgullosos de ser hijos de hombres que lucharon por la independencia de México al lado de los caudillos insurgentes como Ramón e Ignacio Rayón, que se enfrentaron a los regimientos realistas como los otrora famosos de Tres Villas o Fieles del Potosí. Tal es el caso de don Juan Bautista Cabello, padre de Lorenzo, y de don Casimiro López, padre de *Pepe el Diablo*. Astucia se muestra satisfecho de colgar por un buen rato del palo de la Loba y de mandar a vapulear con ortiga las nalgas de un tal Almaraz, apodado *el Cascabel*, no tanto por haberlo delatado años antes, sino por haberlo amenazado de que lo iba colgar de ese mismo árbol donde tiempo atrás habían ajusticiado las tropas realistas a un anónimo luchador insurgente apodado el capitán *Cuitlacoche* (segunda parte, cap. IV). *Tacho Reniego*, por su parte, se vanagloria de ser sobrino del primer arzobispo del México independiente, don Manuel Posada y Garduño (1780-1846), y sobre todo de otro tío suyo conocido con el nombre de *el Hércules mexicano*, que luchó durante la independencia al lado de los insurgentes. El mismo *Tacho* se burla de la presuntuosidad nobiliaria de los peninsulares, cuando al retomar la narración de

su vida enfatiza: “Conque volviendo a mí, don yo de Castilla” (primera parte, cap. XII). Los *Hermanos de la Hoja* son hombres que se sienten ofendidos cuando se saben relegados frente a los españoles. Su orgullo está en ser criollos o hijos de criollos.²⁶

Ahora bien, no se trata sólo de anteponer sus personas como mexicanos, sino también de reconocer y apreciar las creaciones culturales que pudieran resultar de esta condición y que parecen contener los primeros rasgos que pudieran distinguir lo mexicano de lo español o extranjero, en general. El pasaje en el que Alejo Delgado exhibe el paño de sol bordado por la *Monja Cimarrona* pudiera parecer modesto, pero resulta significativo pues muestra a las claras la actitud que privaba en el México de mediados del siglo XIX:

—¡Caramba!, el que lo tiene lo luce [dice uno de los circunstantes], miren qué paño trae el amo don Alejo tan primoroso.

—A ver, a ver —gritaron varios llenos de curiosidad.

Me lo desaté, lo extendí en la mesa y cual más ponderaba su mérito; unos alabando sus combinaciones, otros sus matices, y todos convinieron en que era una cosa perfectamente acabada.

—¿Cuánto le ha costado, amigote? —me preguntó uno de tantos.

—Cinco onzas —contesté—, y lo compré de barata.

—Los vale como medio —replicó otro—, está muy bien hecho.

²⁶ *Tacho Reniego* se muestra orgulloso de su linaje: “Soy criollo de San Felipe del Obraje, mi nombre es Atanasio Garduño, descendiente de varios Garduños que por distintos modos se han hecho singulares en nuestro país, principalmente dos tíos míos que son recordados, uno con respeto y otro con admiración, diciéndose de este último cosas que pasan y sorprenden, pudiéndosele llamar con propiedad el Hércules Mexicano, el Sansón de este siglo”. Y más adelante la única explicación que encuentra de no haber alcanzado mayor celebridad las hazañas de su tío es su condición de criollo: “pero, hermanos, mi tío era criollo y eso bastó para que no llamara la atención y se consignaran al olvido sus extraordinarias fuerzas, sin darle el mérito correspondiente; asimismo pasan mil notabilidades desapercibidas, porque ése es el mundo; mi tío murió sin haber especulado con su privilegio, y se mantuvo como buen ranchero trabajando en el campo en sus propias labores” (primera parte, cap. XII). Y cuando Alejo Delgado presenta a *Pepe el Diablo* dice: “Éste es José López, criollo, de Paquisihuato”.

Entonces un don Rosendo que por sus hechos podrán inferir qué casta de pájaro sería, y allí estaba manejando una buena tienda de abarrotes, acercándose un poco hizo un gesto despreciativo diciendo:

—¡Bah, bah!, cuánta ponderación; cinco onzas por ese trapo, yo he ofrecido quince pesos por uno mejor, y donde suba un peso más me lo sueltan.

—Cómo se conoce —le dije—, que nomás habla usted al peso del taco, amigo mío; en toda su vida habrá visto una cosa mejor. Venga y fije la atención, prescinda por un momento de la costumbre de apocar todo lo criollo, y no se aventure a dar su opinión en lo que no entiende (segunda parte, cap. III).

Ciertamente, se trata sólo de un paño bordado, pero resulta claro que no importa el objeto en sí, sino la actitud del personaje que monta en cólera cuando nota que el vendedor de abarrotes no valora el trabajo de artesanía sino que se deja llevar por “la costumbre de apocar todo lo criollo”.

Ahora bien, después de narrar la historia de Lorenzo Cabello y de cada uno de *Los Hermanos de la Hoja*, en los seis últimos capítulos de la novela, el narrador, pero siempre en congruencia con lo que ha declarado en el “Prólogo”, le da un nuevo giro a la narración y coloca a su protagonista en dos situaciones, íntimamente unidas, que pudieran admitir una interpretación simbólica o alegórica, pero que en su contexto no traicionan la estética de un relato romántico. Me refiero al coronel Astucia como Jefe de Seguridad Pública del Valle de Quencio y a Lorenzo Cabello quien, desengañado de los “fingimientos de falsa política”, prefiere perderse en el anonimato para trabajar la tierra en las cercanías de Morelia.

Al huir Astucia de la prisión de Tlaxcala, en donde ha tenido oportunidad de constatar la existencia de una justicia venal, al servicio sólo de los intereses de los poderosos, su primer objetivo es volver a su tierra y ayudar a las familias de sus hermanos. Para llevar a cabo sus propósitos piensa en reorganizar las

labores del campo en el rancho de Alejo Delgado, situado en las mesas de Tepuxtepec, pero pronto se da cuenta que se trata de algo imposible, porque ha sido destruido en un enfrentamiento entre las tropas de unos pronunciados y las tropas santanistas. En tales circunstancias, se traslada a Morelia para tramitar una ayuda del Gobierno, que le da largas a su solicitud, entreteniéndolo con innumerables pretextos. Decepcionado de las autoridades, decide, aprovechando una sugerencia del gobernador del estado (que le permite que se valga de cuantos medios estén a su alcance para que ayude a sus “representados”), nombrarse Jefe de Seguridad Pública del Valle de Quencio. Una vez investido con este nombramiento, y de común acuerdo con el Prefecto y las personas más influyentes de la región, empieza por apoderarse de las contribuciones de la Aduana de Zitácuaro y administrarlas en beneficio de sus *todos*. Compra armas y las distribuye entre los vecinos para que, a una orden suya, contribuyan a combatir a los bandidos; destierra a todos los holgazanes y malvivientes; almacena granos para venderlos a bajo precio en épocas de penuria; construye escuelas, puentes y presas; y, sobre todo, se ocupa de la educación de los niños. El valle de Quencio pronto se empieza a convertir en un pequeño paraíso donde reina la paz y, sobre todo, la justicia social y económica. En cuanto a esta última dice el narrador:

Se dedicó a regularizar las entradas de alcabalas y contribuciones con moderadas igualas; simplificó la recaudación suprimiendo receptorías, hasta el extremo de no tener más que simples colectores; perdonó recargos, abolió la facultad coactiva; quitó la contribución directa, la personal; no volvieron todos aquellos vecinos a tener más préstamos ni ninguna más gabela, y con mucho gusto y puntualidad satisfacían sus igualas y alcabalas proporcionales y, cosa rara, habiendo hecho tanta quita, las entradas aumentaron una cuarta parte más que en las épocas anteriores.

—¿Por qué ha resultado este fenómeno, amigo coronel? —dijo uno de la junta menor.

—Señor —le contestó—, por ahora tenemos manos puras, y antes había puras manos; desde aquí comenzaba el agua de este manantial a resumirse, la sangre social tiene más sanguijuelas que la chupan, que la sangre humana, y no vamos a medias con el gobierno (segunda parte, cap. IX).

Sin embargo, el egoísmo, la apatía, la molicie empiezan a socavar este imaginario paraíso. Los *todos* son incapaces de asumir ninguna responsabilidad en la organización y en el mando del valle de Quencio, cuando el coronel Astucia decide ausentarse y marchar en busca de su felicidad personal al lado de Amparo, quien a su vez ha convencido a su padre, en otro tiempo eminente político e incluso gobernador, para que los acompañe en un saludable reencuentro con la vida del campo. No se trata de *menosprecio de corte y alabanza de aldea* desarrollado a la manera pastoril y mucho menos bajo una preceptiva neoclásica, sino de una liberación de los “fingimientos de la falsa política” de los que había hablado el autor en su “Prólogo” y que ejemplifican con sus palabras los padres de Amparo. Lorenzo Cabello, pues —ya no el coronel Astucia, que se ha quedado sepultado en el valle de Quencio— se establece en el campo, después de dominar “su mala estrella con la fuerza de voluntad, ciega confianza en Dios y en su divina Providencia [...]. Vive aún —termina la novela —, siendo amante padre, fiel esposo y amigo sincero de sus verdaderos amigos, ofreciéndose a las órdenes de las personas que lo honren con su amistad, en las haciendas que maneja, en un rinconcito del delicioso y ameno territorio de Michoacán”.

4. LENGUA Y ESTILO

Si en los temas, en el retrato de los personajes y en la narración de costumbres, *Astucia* es una novela representativa del México de mediados del siglo XIX, es, sobre todo, en el lenguaje en donde

su mexicanismo se hace mucho más evidente. No en vano don Joaquín García Icazbalceta la utilizó como la principal fuente de su *Vocabulario de mexicanismos*²⁷ y, por su parte, don Francisco García Pimentel, profundo conocedor de la prosa y de la poesía mexicanas, dictaminó que en ninguna otra novela mexicana puede observarse “el *dialecto mexicano*, es decir, el idioma español según se habla en México”.²⁸ Ahora bien, cuando García Pimentel dice “se habla” hay que tomarlo literalmente, porque, en efecto, Luis Inclán, sin más formación literaria que la que pudieron proporcionarle sus dos años en el seminario, cuando era un niño, y la lectura de algunas cuantas novelas, entre las que habría que destacar el *Quijote*, el *Periquillo Sarniento* y algunas novelas de folletín, lo que hace es transcribir el *habla* de cada uno de sus personajes, o bien la suya, que no distaba mucho de la de ellos, pues también se crió y vivió entre la gente del campo. En contra de lo que han afirmado algunos de sus críticos, quienes han supuesto una sólida formación literaria e, incluso, estudios de filosofía,²⁹ Inclán no fue sino un hombre de campo con grandes dotes de narrador. En el “Prólogo” a los *Recuerdos del Chamberín*, obra escrita en verso en la que narra las aventuras y hazañas de su caballo, se lamenta de no haberlas relatado “con las elocuentes voces en que abunda la poesía”, sino sólo de escribirlas “con palabras del dialecto ranchero que es —agrega— el único que conozco”;³⁰ y en el “Prólogo” a *Astucia*, después de afirmar la existencia histórica del charro Astucia, a quien le ha pedido que le cuente su vida, dirá que él, a su vez, nos la va a transmitir, relatando los “casos” del protagonista, “tal y como acontecieron”, *valiéndose* “de su propio dialecto para no desfigurar los

²⁷ Joaquín García Icazbalceta, *Vocabulario de mexicanismos*, México, Tip. y Lit. “La Europea” de J. Aguilar y Vera, 1899.

²⁸ *Op. cit.*, p. 338.

²⁹ Cf. José de J. Núñez y Domínguez, “Introducción” a *Astucia*, México, UNAM, 1945 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 57), pp. XII-XIII.

³⁰ *Recuerdos del Chamberín* apud Luis Inclán, *El libro de las charrerías*, edición y prólogo de Manuel Toussaint, México, Librería de Porrúa, 1940, p. 73.

hechos, omitiendo preludios, pinturas poéticas, elevados pensamientos y demás disertaciones”.

Podría pensarse que esta declaración inicial no es más que de un artificio retórico, tan frecuente en la novela romántica o realista; sin embargo, todo esto, como diría Cervantes, “importa poco a nuestro cuento”, porque, independientemente de que haya sido o no un fiel intérprete del habla del protagonista, la realidad es que su *habla*, como hemos dicho, no era muy distinta de la de sus personajes y, por otra parte, esa declaración de su respeto al dialecto de Astucia no parece ser más que un curarse en salud ante las posibles críticas de los literatos de oficio o lectores académicos, incapaces de independizarse de la lengua de España y de las literaturas europeas, que tienen como norma —diría él— despreciar “todo lo criollo”.

Si examinamos el estilo de *Astucia*, observaremos algunas características de la lengua hablada: faltas de concordancia entre el sujeto y el verbo; ambigüedades en los antecedentes de los pronombres relativos; diptongación, particularmente de algunas formas verbales; expresiones dialectales; innumerables refranes; locuciones típicas del campo mexicano; y un léxico sumamente rico y variado. Con justa razón afirmaba Carlos González Peña, el primero y el mejor estudioso del estilo de Inclán:

Nunca, y por manera tan espontánea, se ha reunido un repertorio tan vasto de palabras, locuciones y giros peculiarísimos del pueblo mexicano. Jamás novelista alguno nacional supo hacer hablar a sus personajes con la fidelidad y abundancia con que él lo hace; ni describió con tan nimio apego y vario colorido, mediante las peculiaridades del lenguaje, nuestros tipos y costumbres, nuestros paisajes, nuestras cosas nacionales y tradicionales.³¹

Y Victoriano Salado Álvarez ratificaba:

³¹ Carlos González Peña, “Luis G. Inclán en la novela mexicana”, en *Claridad en la lejanía*, México, Stylo, 1947, pp. 100-101.

Lo que me cautiva y maravilla es su extraordinaria receptividad del lenguaje popular, al grado que no hay palabra, modismo o refrán o frase mexicanos que no se hallen en esta amena selva de nuestro desarrollo lingüístico, al través de nuestra historia de cuatro siglos.³²

Algunas aventuras de *Astucia* transcurren en la ciudad de México, como las de Julio Palma y la tapatía Amalia, la *Bulli bulli*, quien presumía tener la puerta franca en los ministerios del Palacio Nacional, o las vacaciones de *Pepe el Diablo* y Clarita, o la estancia de Alejo Delgado cuando va en busca del burlador de Mariquita, la *Monja Cimarrona*; sin embargo, *Astucia* es, antes que nada, una novela rural: su acción transcurre, sobre todo, en lo que se suele llamar la provincia y particularmente en el campo, es decir, en villas, pueblos o ranchos de los estados de Jalisco, Michoacán, Querétaro, México, Puebla y Tlaxcala, como Tepatitlán, Jungapeo, Tuxpan, Zitácuaro, Tepuxtepec, Maravatío, Irimbo, Tlalpujahuá, San Felipe del Obraje, Toluca, Yautepec, Cuautla, Tochimilco, Tlaxcala, Huamantla, Cuapiaxtla, etc. De ahí que su lenguaje esté referido a las labores agrícolas y a las ocupaciones y diversiones propias de nuestros campesinos, es decir, barbechar, sembrar, cosechar; criar, cuidar y domar caballos; y cada vez que se puede, para celebrar un acontecimiento o por puro gusto, jaripeos, coleadas, corridas de toros, peleas de gallos, etcétera.

Uno de los aspectos que más llaman la atención, por su abundancia, variedad y expresividad, son los refranes. Difícilmente en la historia de la literatura mexicana puede encontrarse una obra en que estas expresiones populares sean tan frecuentes y estén empleadas no sólo para hacer alarde de su conocimiento, sino, sobre todo, de una manera natural, es decir, adecuada a las circunstancias y al carácter

³² Victoriano Salado Álvarez [respuesta al discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, pronunciado por Carlos González Peña en 1931], *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, México, Jus, 1954, p. 343.

de los personajes. De nuevo nos viene a la mente el magisterio de Cervantes en su *Quijote*, que debió ser una de las lecturas predilectas de Inclán. Todos los personajes incluyen en su habla innumerables refranes, locuciones paremiológicas o frases hechas, que reflejan obviamente el gusto que sentían por ellos.

Esta imagen de la vida o de las circunstancias, a través de los refranes y expresiones propias de la vida campesina, podríamos ejemplificarla con el habla de cualquiera de *Los Hermanos de la Hoja*; pero ya que el primero que aparece en la trama de la novela es Lorenzo Cabello, hagámoslo con él.

Lorenzo, todavía niño y en el despertar de la adolescencia, es llevado por su padre a la villa de San Juan Zitácuaro para que reciba educación al lado de don Primitivo Cisneros. Pero como estaba acostumbrado a la vida libre del campo, huye intempestivamente de la casa de su maestro, quien no puede dejar de exclamar: “—¡Qué bien me dijo don Juan [...], «que ese potrillito podía reconocer la querencia, y dar la estampida para sus comederos»”. Lorenzo, al ser rechazado por su padre, pronto tiene que volver compungido y avergonzado. En el camino de regreso, piensa: “—No hay más que rendirse a discreción a ese pobre viejo, él tiene buen corazón y perdonará mis locuras; ya me dejé pisar la cola, y ahora mas que me ensille y me enfrene, qué hemos de hacer, los golpes hacen jinetes” (primera parte, cap. 1). Y una vez, ya en casa de don Primitivo, agrega: “—De veras, de veras, soy un topo, ¿qué fui a ganar con haberme largado? [...], pedirle las gatas a mi maestro, y volver a la casa como perro mojado, curtido y avergonzado [...], no hay más que paciencia y hacer lomos” (primera parte, cap. 1). Enterado, tiempo más tarde, de que su padre ha sido golpeado por don Epitacio, toma de nuevo el camino para Jungapeo con el propósito de vengar la afrenta, y durante el trayecto, entre otras cosas, va pensando en lo que va a decirle a su rival: “Yo le ofrezco, señor mío, que si queda vivo se acordará del peso de mi mano para toda su vida. Sépase que la sangre de ese respetable anciano a quien ha ofendido tan vilmente, circula por mis venas; estoy como agüita para chocolate, y no me traga de un sorbo ni me masca de un bocado”

(primera parte, cap. II). Pero, quizá uno de los pasajes más significativos sea aquél en que su padre, echando mano de la sabiduría popular contenida en los refranes, intenta convencerlo para que no abraze el oficio de aguardientero; pero Lorenzo, joven decidido, valiente y voluntarioso, replica a cada una de las razones utilizando los mismos refranes citados por don Juan. Transcribo el final de este largo pasaje, que da una idea de todo lo dicho:

—Vamos a ver qué sucede [concluye don Juan], Dios quiera que te convenzas que esa manera de hacer dinero no es para ti; que es más satisfactorio buscarlo rociando los terrones con el sudor de la frente.

—También se suda en el camino, padre mío; los riesgos y dificultades que se venzan también deben ser satisfactorios, y ahora le devuelvo sus sentencias, a dónde ha de ir el buey que no are, no hay hatajo sin trabajo, y le agrego, que el que no se arriesga no pasa la mar (primera parte, cap. IV).

Cito otros refranes y locuciones populares, algunos tal cual han llegado hasta nosotros y otros con ligeras variantes: *obras son amores y no buenas razones; caerse el gozo al pozo; en caliente se pega el fierro; ciertos son los toros; el pan ajeno hace al hijo bueno; armarse con el santo y la limosna; la mujer vale por la honra, el buey por el asta y el hombre por la palabra; nadie sabe para quién trabaja; no se ha hecho la miel para la boca del asno; no hay mal que de mujer no venga; nadie diga de esta agua no beberé, porque en ella se ha de ahogar; caras vemos y corazones no sabemos; para los toros del Tecuán, los caballos de allí mismo; para cada perro ha criado Dios un palo; el que por su mano se lastima, que no gima; tiempo perdido, lo lloran los santos; a rey muerto, príncipe coronado; quien te quiere te hace llorar; carbón que ha sido lumbré, con facilidad se prende; dar el alón por comerse la pechuga; más vale una de león que cien de ratón; arrieros somos y en el camino andamos; quien tal hace, que tal pague; tentar el vado para reconocer el fondo, etcétera.*

Algunas otras locuciones tienen más bien la categoría de adagios, ya que proceden de obras clásicas como las de Virgilio, Séneca, Dumas, o de la literatura de los Siglos de Oro: *audaces fortuna iuvat; la conversación es pasto del alma; en el seno de la amistad se alivian los pesares; todos para uno, uno para todos; paciencia y barajar; no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague; mentir como un villano o mentir como un sastre.*

Junto a los refranes y frases hechas, hay que citar otras formas de expresión que han permitido que se califique el lenguaje de *Astucia* como popular; y lo de menos sería hacer una lista, como suele hacerse en un estudio dialectológico, pero está por demás decir que éstas no adquieren su verdadero sentido sino es en su contexto. Sólo aquí es en donde podemos apreciar su pertinencia, su oportunidad, su originalidad, su dinamismo, su humorismo, etc., en suma, el arte de Inclán como artista de la palabra: estar callado es *estar en muda*; salir a caminar es *estirar las cuerdas*; tenerle miedo a alguien es *alzar el pelo* o *alzar la escobeta*; morirse es *estacar la zalea* o *liarse*; caerse es *dar el zapotazo*; no tener familia es *estar sin ariente ni pariente*; descubrirse lo que trae uno entre manos es *chillarle a uno el cochino*; añorar el hogar o extrañar a la familia es *apestarle a uno las costillas a leña*; o bien, del que por sus delitos puede ser ahorcado se dice que *le apesta el pescuezo a palo seco*; hacer fuchi o cualquier expresión de repugnancia es *hacer el fô*; tener fuerza es *tener canilla*; tener prisa es *tener precisión*; aceptar una propuesta que otro hace bajo el entendido de que no será admitida es *cogerle a alguien el falso*; *títtere* es preocupación en las expresiones *tener títtere* o *hacerle títtere*; echarse a perder un asunto es *enfrijolarse*; dejar correr a un caballo es *soltarle el hilo al pixtle*; *hacer lado*, aparte de correr paralelamente a un animal para que no se desvíe, también es proteger; ganar en el juego es *hacer la roncha*; creer en cuentos o pasarse de ingenuo es *creer en el tecolote*; estar próximo el amanecer es *no dilatar en reventar la aurora*; de una mujer con experiencia en las lides amorosas se dice que *era liebre corrida con más agallas que un ciprés*; yo te contaré con quién quiere casarse esa

buena moza es *yo te cantaritos con quién querubines casaca esa tepistoca*,³³ etcétera.

Hay términos como *caracas*, en lugar de chocolate, o *chocolate* en lugar de sangre; *juilón* por correlón; *hábil* por mañoso o tramposo; *fieritas*, en lugar de feítas; *potinaria* en lugar de ingrata; *freganderas* en lugar de fregonas; la *concedida* como razón en la expresión *darle la concedida*; o *hacerse una*, por ponerse de acuerdo. Adjetivos o participios como *verdioso*, *entelerido*, *inonfensible*, *bisbirindo*, *alabancioso*, *claridoso*, *paquetudo*, *hoyoso* (de viruelas), *enhechizado*; *arrancado* (pobre), *enchilados* (enojados o coléricos en la expresión *ojos enchilados*). Verbos como *bullir* con el sentido de mover el caballo para todos lados, pero también con el de estar inquieto o nervioso como cuando doña Rufina teme que *Pepe el Diablo* prefiera a su hija, o con el de retorcerse de dolor como cuando Astucia le da un apretón de manos al *Bulldog*, o bien con el de embromar a alguien como cuando le recuerdan a don Manuel los descolones o desaires de que ha sido objeto por parte de Camila; *chonguear* es bromear; *entompear*, engañar; *sanjuanear*, robar; *despenar*, matar; *destaparse*, correr precipitadamente; *moler*, molestar. Enrique, el hijo de *Pepe el Diablo*, le cuenta a Lorenzo que su tía Ana, cuando rezaban, si alguno se dormía, *le plantificaba unos pellizcos de cajeta*; de una mujer, notable por su fealdad y ridiculez, que para *darle picones* a su supuesto pretendiente se pone a bailar con el secretario, se dice que *se arranchó con el tinterillo del juzgado*. Formas verbales como *voltié*, *me apié*, *se cai*, *quíeramos*, *pelíamos*, *venistes*, *trailo*, *despendiendo*, *amiren*, *oui* (oí).

Entre las expresiones típicamente dialectales habría que citar el *quese*, elipsis que equivale a ¿qué ha pasado con...?, ¿qué ha ocurrido con...?, como cuando un personaje pregunta ¿*Quese Diego Corrientes*?, o el *Bulldog* dice ¿*Quese los avances*?, o Amparo ¿*Quese mi pañuelo*? Peter Boyd-Bowman la documenta todavía

³³ Hugo Aranda Pamplona, *op. cit.*, p. 314.

como actual en el estado de Guanajuato y la explica como una reducción de la expresión “¿Qué es de...?”³⁴

Un lugar especial en el léxico de Astucia, ya que se trata de una novela de campo y en particular de charros, son los sustantivos, adjetivos y verbos que podríamos agrupar en el campo semántico ‘caballo’.³⁵ A los caballos se les clasifica por su color, por su valor o por su brío; de aquí que sean frecuentes palabras como *rosillo*, *rosillo flor de durazno*, *sangre linda*, *melado*, *tordillo*, *tordillo quemado*, *tordillo chancaco*, *retinto*, *grullito*, *moro*, *overo*, *maskarillo*, *cebruno*, *chocolín*, *bayo lobo*, *yegua mora lunanca*, *cuatroalbo*, *dosalbo*, *raboncito*, *charchinita*, *matalote*, *penco*, *cacomixtle*, *cuatatán*, *chimpanas*; *travesear*, *bullir*, *balonearse*, *colear*, *sentar*, *hacer lado*, etc. Incluso es frecuente el desplazamiento de todo este léxico para referirse a las cualidades o a la vida del hombre: a un niño, como hemos visto, se le llama *potrillito*; a la acción de adecuarse a su temperamento para sacarle más provecho a la educación, se dice que hay que *sobrellevarle el brío*; *encuartarse* es enredarse o no saber qué hacer. El padre de Atanasio Garduño, cuando viaja de incógnito para conocer a Camila, ante su simpatía, gracia y amabilidad, no puede más que ceder y quedar prendado de su futura nuera, por lo que no le queda más que reconocer que esta muchacha *ya le ganó el hocico*. Expresión que se nos antoja ruda o violenta, pero que en el lenguaje del campo y particularmente en el de la doma de potros *ganar el hocico* se emplea cuando se ha logrado adiestrar a un potro hasta el grado de hacerlo que obedezca dócilmente la rienda. Y en efecto, el capítulo en el que se narra esta escena tiene, en parte, como título el “suegro enamorado.”³⁶

³⁴ Peter Boyd-Bowman, *El habla de Guanajuato*, México, UNAM, 1960, pp. 56, 72.

³⁵ Lo mismo podría decirse, pero en menor grado, del léxico referente a las *corridos de toros* y a las *peleas de gallos*: *tocar a muerte*, *humillar*, *partir*, *cerrar el claro*, *derrotes*, *recortes*, *de chiflonazo*, *de vuela pie*, *por el alto de los rubios*, *retrechero*, *apicardillado*, *embarrenarse*, *aqueerenciarse*, *embraguetarse*; *chica*, *grande*, *tapado*, *careado*, etc.

³⁶ En cuanto a este desplazamiento de léxico conviene recordar que Luis Inclán publicó en 1874 un poema burlesco titulado *Don Pascasio Romero*, en el que su personaje, después de haber heredado una cuantiosa fortuna, se traslada a la ciudad de México con el propósito de encontrar mujer para casarse. El reto que se impuso Inclán en esta obra

Abundan también palabras que en las gramáticas tradicionales reciben simple y llanamente el nombre de *barbarismos*: *convensuala, priesa, parasismos, meope, porraciar, desorrajear, huépede, boje, acompañantas, camapé, dende queaque, ahí, asigunes, reguilete, nubuloso, barbiar, haiga, bocarada, princhar, ensaye, sordamuda, media-lamidita, muarra, pintao*, etcétera.

Un lugar especial también ocupan los indigenismos —sin considerar los topónimos—, particularmente los procedentes del náhuatl y del purépecha o tarasco. Del náhuatl: *texcal, ixtle, itacate, tlecuil, tecuán, tianguis, pepestle, xuasclito, ximotlacualo, tlalpiloya, xocoyote, clacualeras, chachacuate, chiquihuít, cocolmeca, tlalyacanquis, tlancualillo, pilhuanejo, chichihua, copinar, cuxila, zencolote, ocoxal, achichinado, topil, tlazole, nejayote, apantle, malacatonche*; del tarasco: *chinapo, tarecua, ziranda, huembas, guangochuda, charape, turicata*.

Ahora bien, frente a esta labor del lenguaje, en todos sus niveles, frente a esta recreación de la lengua hablada en México durante la primera mitad del siglo XIX, que si bien es cierto guarda profundas diferencias con la lengua escrita, no por eso está reñida con el arte, resulta sorprendente que todavía en pleno siglo XX innumerables críticos, como Victoriano Salado Álvarez, Carlos González Peña y Mauricio Eduardo Charpel Eyssautier, entre otros, sigan creyendo que el mayor mérito de “la literatura inclanesca estriba en que tiene la menos cantidad de literatura,”³⁷ que “Inclán tenía el don”, pero le “faltó la forma”³⁸ y que resulta “una extraña paradoja que el mayor encanto de *Astucia* sea, a la vez, su más notorio defecto: su falta de literatura”.³⁹ Fue Salvador

consiste en describir cada una de las mujeres que se va encontrando don Pascasio con las palabras que usaría un ranchero para describir las yeguas, y particularmente mediante las de la “albeitería”, definida como es la ciencia que estudia las enfermedades de los caballos.

³⁷ Victoriano Salado Álvarez [Respuesta al discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, pronunciado por Carlos González Peña, en 1931], en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, México, Jus, 1954, p. 343.

³⁸ Carlos González Peña, “Luis G. Inclán en la novela mexicana”, en *Claridad en la lejanía*, p. 119.

³⁹ Mauricio Eduardo Charpenel Eyssautier, *Luis Inclán. Nuevas aportaciones*, tesis para obtener el grado de maestro en artes, México, UNAM, 1959, p. 88.

Novo el primero en llamar la atención sobre esta flagrante contradicción cuando, por una parte, se admite “el valor de la novela” y, por otra, “se lamenta la invalidez académica de su forma”. No hay, ahora lo sabemos, ninguna ausencia de literatura, ninguna falta de forma, ninguna paradoja, ninguna contradicción. La lengua hablada no puede carecer de forma. La fidelidad a las reglas de la gramática de la Academia Española de la Lengua como a las preceptivas literarias no garantiza su condición de obra artística del lenguaje. *Astucia* es una novela de aventuras, una novela artística en el más estricto sentido de la palabra, ya que, ajena a todo mensaje ideológico y mucho más político, su único propósito radica en divertir, en entretener, en halagar el espíritu, mediante las historias de los *Hermanos de la Hoja*, a través de un lenguaje espontáneo, sencillo, transparente —por lo menos para sus contemporáneos—, que ejemplifica, como ninguna otra novela de su tiempo, el encanto, la gracia y la poesía de la lengua hablada.

5. CRONOLOGÍA DE LUIS INCLÁN

- 1816 21 de junio: nace José Luis de Jesús, en el rancho de Carrasco (Tlalpan), hijo de José María Inclán y María Rita Goicoechea.
 22 de junio: es bautizado en la iglesia parroquial de San Agustín de las Cuevas.
- 1824 Ingresa de interno a la “Escuela Real”, en la ciudad de México, dirigida por Miguel Sánchez Alcedón.
- 1828 Ingresa al Seminario Conciliar de la Ciudad de México, del que, al cabo de dos años de estudios irregulares, se da de baja.
- 1830 Regresa al rancho de Carrasco y trabaja en el campo.
 7 de julio: nace, en la hacienda de Narvarte, su caballo *el Chamberín*.

- 1834 Es “destinado” a la hacienda de Púcuaro (Michoacán), administrada por el señor Vicente Retana, a cuya familia alude en *Astucia* (I, xii).
- 1835 19 de septiembre: se salva de caer a un precipicio, en los alrededores del Fuerte de Cóporo, gracias a su caballo *el Chamberín*.
- 1837 1º de septiembre: contrae matrimonio con María Dolores Rivas y López, en la capilla de la hacienda de Tepetongo (Michoacán).
- 1838 Se establece en la ciudad de México (calle de la Cadena núm. 4), aunque debía seguir pasando largas temporadas en Michoacán, pues en *Recuerdos del Chamberín*, en dos ocasiones, repite que radicó aquí durante “siete años.”
- 1839 27 de junio: muere su esposa María Dolores Rivas y López, en cuya acta de defunción aparece con el nombre de Luis Gonzaga Inclán.
- 1842 20 de junio: se casa en la parroquia de la Soledad de Santa Cruz con Petra Zúñiga y Negrete, con quien procrea tres hijos (Luis, Julia y Juan Daniel). Trabaja como administrador en la hacienda de Chapingo (a ocho leguas de la ciudad de México).
- 1843 Trabaja en la hacienda de la Teja, en las orillas de la ciudad de México (Paseo de la Reforma y calle de Villalongín).
- 1844 22 de junio: nace el primer hijo de su segundo matrimonio, José María Luis Gonzaga del Corazón de Jesús, quien heredará de su padre la afición por las letras y quien firmará sus trabajos periodísticos, novelísticos y poéticos con el pseudónimo de Luis G. Iza.
- 1847 Son destruidas sus propiedades en Tlalpan durante la invasión estadounidense. (“Cuando fuimos invadidos / por los norteamericanos, / por manos de los poblanos / fueron mis bienes destruidos”, *Recuerdos del Chamberín*).

- 1854 Vuelve a radicarse en la ciudad de México, cerca de Santo Domingo núm. 12, en donde establece una imprenta. Compra más tarde la Imprenta de Estampas y Litografía de San José El Real núm. 7, en donde expendía “estampas, escapularios, varias oraciones, rezos devotos, alabanzas y trisagios” (manifestación de Luis Inclán, en cumplimiento del decreto de julio de 1863, expedido por la Regencia sobre la Ley de Imprenta).
- 1857 15 de octubre: muere su caballo *el Chamberín*.
- 1860 *Recuerdos del Chamberín*, México, Imprenta de Inclán, 1860. *Reglas con que un colegial pueda colear y lazar*, México, Imprenta de Inclán, 1860.
- 1864 16 de noviembre: solicita permiso al Ministerio de Justicia de Maximiliano de Habsburgo, emperador de México, para la publicación y la correspondiente propiedad literaria de *Astucia*.
- 1865 Empiezan a aparecer, después de ser aprobada su publicación el 21 de febrero de 1865, los cuadernillos del primer tomo de *Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama*, en la imprenta de Luis Inclán.
30 de julio: es encarcelado por la aparición, en una de las publicaciones periódicas que se hacían en su imprenta, de un artículo en contra del ministro de Instrucción Pública (*La Sociedad*, México, t. V, 31 de julio de 1865, núm. 769, p. 2). Después de veinticuatro horas es puesto en libertad, “merced a los fiadores que presentó”.
- 1866 Septiembre: concluye la publicación del segundo tomo de *Astucia* y anuncia la próxima publicación de *Los tres Pepes o el consejo de los tres*.
- 1872 *El capadero en la Hacienda de Ayala*, México, Imprenta de Inclán, 1872.
Ley de gallos, o sea Reglamento para el mejor orden y definición de las peleas, México, Imprenta de Inclán, 1872.

- 1874 Aparece en hoja suelta su poema *Don Pascasio Romero*.
1875 23 de octubre: muere de enfisema pulmonar, en su casa del callejón del Padre Lecuona núm. 4.

6. BIBLIOGRAFÍA

Ediciones de Astucia

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama. Novela histórica de costumbres mexicanas, con episodios originales, escrita por Luis Inclán en vista de auténticas apuntaciones del protagonista, amenizada con sus correspondientes litografías, t. I, México, Imprenta de Inclán, Cerca de Santo Domingo, núm. 12, 1865, 392 pp.

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama. Novela histórica de costumbres mexicanas, con episodios originales, escrita por Luis Inclán en vista de auténticas apuntaciones del protagonista, amenizada con sus correspondientes litografías, t. I, México, Imprenta de Inclán, Cerca de Santo Domingo, núm. 12, 1866, 392 pp. [idéntica a la anterior, salvo el cambio de año en la portadilla].

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama. Novela histórica de costumbres mexicanas, con episodios originales, escrita por Luis Inclán en vista de auténticas apuntaciones del protagonista, amenizada con sus correspondientes litografías, t. II, México, Imprenta de Inclán, Cerca de Santo Domingo, núm. 12, 1866, 397 pp. [pp. 398-399: "Pauta para encuadernadores, colocación de estampas"].

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama. Novela histórica de costumbres mexicanas,

con episodios originales, escrita por Luis Inclán en vista de auténticas apuntaciones del protagonista, amenizada con sus correspondientes litografías, t. I, México, Imprenta de Luis Inclán, San José El Real, núm. 16, 1890, 392 pp.

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama. Novela histórica de costumbres mexicanas, con episodios originales, escrita por Luis Inclán en vista de auténticas apuntaciones del protagonista, amenizada con sus correspondientes litografías, t. II, México, Imprenta de Luis Inclán, San José El Real, 1890, 397 pp.

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama. Novela histórica de costumbres mexicanas, con episodios originales, escrita por Luis Inclán en vista de auténticas apuntaciones del protagonista, amenizada con sus correspondientes litografías, 2 vols., México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1908 [t. I: 436 pp.; t. II: 440 pp. Ils.]

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama. Novela histórica de costumbres mexicanas, con episodios originales, escrita por Luis Inclán en vista de auténticas apuntaciones del protagonista, 2 vols., México, Linotipografía de “El Imparcial”, 1908 [t. I: 367 pp.; t. II: 384 pp.]

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama. Novela histórica de costumbres mexicanas, con episodios originales, escrita por Luis Inclán en vista de auténticas apuntaciones del protagonista, amenizada con sus correspondientes litografías, 2 vols., México, Talleres Linotipográficos de “Cronos”, 1922.

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama, 2 tomos, México, Publicaciones Herrerías, 1939 [t. I: 239 pp.; t. II: 239 pp.]

Astucia, o los Hermanos de la Hoja, 2 tomos, México, Editorial Hispano-Mexicana, 1945 [t. I: 547 pp.; t. II: 549 pp.]

Astucia a través de tres personajes de la novela, selección e introducción de José de J. Núñez y Domínguez, México, UNAM, 1945 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 57).

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama. Novela histórica de costumbres mexicanas, con episodios originales, 3 tomos, prólogo de Salvador Novo e ilustraciones de Francisco Monterde Fernández, México, Porrúa, 1946 [t. I: XXVII + 441 pp.; t. II: 454 pp.; t. III: 426 pp.]

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama. Novela histórica de costumbres mexicanas, con episodios originales, 2 vols., Editora Nacional, México, 1951 [t. I: 436 pp.; t. II: 440 pp.] [edición facsímil de la de la Vda. de Ch. Bouret de 1908].

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama. Novela histórica de costumbres mexicanas, con episodios originales. Prólogo de Salvador Novo, México, Porrúa, 1966, XVI + 540 pp. ("Sepan cuantos...", 63).

Astucia el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama. Prólogo de Felipe Garrido, México, Promexa, 1979, XXVI + 628 pp.

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama, en *La novela de aventuras*, presentación de José Emilio Pacheco, México, Promexa, 1985, pp. 119-772.

Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama, introducción de Esther Martínez Luna, México, Océano, 2001.

Otras obras

Recuerdos del Chamberín, México, Imprenta de Inclán, 1860.

Recuerdos del Chamberín, México, Imprenta de Inclán, 1864.

Recuerdos de El Chamberín, México, Imprenta de Inclán, 1867.

Recuerdos del Chamberín, Artes de México. Caballos, año XXI, 1974, núm. 174, pp. 23-32.

Reglas con que un colegial pueda colear y lazar, México, Imprenta de Inclán, 1860. [Véase también: “Recuerdos del Chamberín”, en *Charrerías*, de Alfredo B. Cuéllar, México, Imprenta Azteca, 1928, pp. 136-196; *Reglas para colear y lazar*, prólogo de Carlos Rincón Gallardo; introducción de Ángel Pola, México, Librería de Ángel Pola, 1939, 102 pp. + una lámina.]

“Corridas de toros”, *La Jarana*, México, t. I (23 de agosto de 1863), núm. 7, pp. 1, 2.

“Toros. Cuestión del día”, *La Jarana*, México (4 de septiembre de 1863), núm. 10, p. 2.

El capadero en la Hacienda de Ayala, México, Imprenta de Inclán, 1872. [*El capadero en la Hacienda de Ayala*, México, Imprenta de Miguel N. Lira, 1938. *El capadero en la Hacienda de Ayala*, prólogo de Mario Colín, México, Gobierno del Estado de México, 1976, 63 pp.]

Ley de gallos, o sea Reglamento para el mejor orden y definición de las peleas, México, Imprenta de Inclán, 1872.

“Don Pascasio Romero”, en *Charrerías*, de Alfredo B. Cuéllar, México, Imprenta Azteca, 1928, pp. 198-206.

“Don Pascasio Romero”, *Artes de México. Caballos*, año XXI, 1974, núm. 174, pp. 32-33.

El libro de las charrerías, edición y prólogo de Manuel Toussaint, México, Porrúa, 1940 (Biblioteca Mexicana, 2). [Contiene: *Reglas con que un colegial puede lazar y colear, Recuerdos del Chamberín, El capadero en la Hacienda de Ayala, Don Pascasio Romero, Ley de gallos*].

Bibliografía indirecta

ALEGRÍA, Fernando, *Historia de la novela hispanoamericana*, México, De Andrea, 1974, pp. 68-69.

ARANDA PAMPLONA, Hugo, *Luis Inclán “El desconocido”*, Cuernavaca, Manuel Quesada Brandi, 1969, 318 pp. [Contiene también: *Recuerdos del Chamberín, Reglas con que un colegial puede colear y lazar, El capadero en la Hacienda de Ayala, Ley de gallos, Don Pascasio Romero.*]

ARIAS CAMPOAMOR, J. F., *Novelistas de Méjico*, Madrid, s.p.i., 1952, pp. 58-60.

AZUELA, Mariano, *Cien años de novela mexicana*, en *Obras completas*, México, FCE, 1976, pp. 588-597.

AZUELA, Salvador, “Valor moral de la época: el novelista Inclán”, en *Gente de letras*, México, Gobierno del Estado de México/ Fonapas, 1979, pp. 1-5.

BERNALDO DE QUIRÓS, Constancio, “Astucia, el Jefe de los Hermanos de la Hoja, o los Charros Contrabandistas de la Rama”, en *El bandolerismo en España y en México*, México, Jurídica Mexicana, 1959, pp. 331-335. (Véase también en *Revista Mexicana de Derecho Penal*, núm. 40, México, octubre de 1964.)

BRUSHWOOD, J. S., *The Romantic Novel in México*, The University of Missouri, 1954, pp. 71-72.

- BRUSHWOOD, J. S., *Breve historia de la novela mexicana*, México, De Andrea, 1959, pp. 33-34.
- , *México en su novela*, México, FCE, 1973, pp. 186-188.
- CALLEROS, Mario [Emmanuel Carballo], “Las mesas de plomo, Las heroínas de Luis G. Inclán”, *Ovaciones*, suplemento núm. 127 (31 de mayo de 1964), p. 6.
- CARBALLO, Emmanuel, “El centenario de *Astucia*”, *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 172 (2 de junio de 1965), México, p. VIII.
- , *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1991, pp. 58-60.
- , “*Los hermanos de la hoja*”, en *Reflexiones sobre la literatura mexicana del siglo XIX*, México, Biblioteca del ISSSTE, 1999, pp. 33-39.
- CHARPENEL EYSSAUTIER, Mauricio Eduardo, *Luis G. Inclán. Nuevas aportaciones*, tesis de maestría, Dirección de Cursos Temporales, México, UNAM, 1959, 126 pp.
- FERRER MENDIOLEA, Gabriel, “El folklorista Inclán”, *El Nacional*, año XXXVII (15 de junio de 1966), México, p. 3.
- GAMBOA, Federico, *La novela mexicana*, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1914, 27 pp.
- GARCÍA RIVAS, Heriberto, *Historia de la literatura mexicana*, t. II, México, Librería de Manuel Porrúa, 1972, p. 133.
- GLANTZ, Margo, “Una utopía insurgente. *Astucia* de Luis G. Inclán”, *México en el Arte*, núm. 10 (otoño, septiembre de 1985), México, pp. 44-48.
- , “*Astucia* de Luis G. Inclán, ¿novela ‘nacional’ mexicana?”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXXIII (enero-junio de 1997), pp. 87-97.
- GONZÁLEZ, Manuel Pedro, *Trayectoria de la novela en México*, México, Botas, 1951, pp. 43-44.
- GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis, *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX*, México, Tipografía de O. R. Spíndola, 1889, pp. 24-25.

- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos, *Luis G. Inclán en la novela mexicana*, Discurso pronunciado por su autor en el Paraninfo de la Universidad Nacional la noche del viernes 21 de agosto de 1931, al ser recibido por la Academia Mexicana, correspondiente de la Española, como invitado de número. Respuesta por el señor Académico don Victoriano Salado Álvarez, México, Cultura, 44 pp.
- , “Luis G. Inclán en la novela mexicana”, en *Claridad en la lejanía*, México, Stylo, 1947, pp. 75-124.
- , “Luis G. Inclán en la novela mexicana”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, México, Jus, 1954, pp. 316-339.
- , “Luis G. Inclán en la novela mexicana”, en *Novelas y novelistas mexicanos*, México, UNAM-Universidad de Colima, 1987, pp. 31-61.
- , “Luis G. Inclán en la novela americana. Novelistas predecesores y contemporáneos”, *El Universal* (3 de enero de 1932), México.
- , *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1963, pp. 261-263.
- , *Luis G. Inclán en la novela mexicana*. Discurso de recepción por don Carlos González Peña como académico de número en su ingreso a la Academia Mexicana, y contestación por el académico Victoriano Salado Álvarez, t. XII, Guadalajara, Instituto Cultural Cabañas-Academia Mexicana, 1987, 39 pp.
- HENESTROSA, Andrés, “La nota cultural”, *El Nacional*, año XXXVII (21 de junio de 1966), México, p. 3.
- IGUÍNIZ, Juan B., *Bibliografía de novelistas mexicanos*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1926, pp. 174-177.
- LÓPEZ AYALA, Roberto, *Tuxpan*, México, Gobierno del Estado de Michoacán, 1979 (Monografías Municipales).
- MAGDALENO, Mauricio, *El pequeño mundo mexicano de Luis G. Inclán*, México, Ediciones del Seminario de Cultura Mexicana, 1976, 15 pp.

- MARÍN ITURBE, Vicente, *Jungapeo en la historia*, Jungapeo, Imprenta Arana, 1966, 84 pp.
- MARTÍNEZ, José Luis, "Inclán", en *La expresión nacional*, México, Oasis, 1984, pp. 276-282.
- MARTÍNEZ LUNA, Esther, "Astucia, tesoro de la lengua y mural de costumbres mexicanas", "Introducción" a *Astucia, el jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama*, de Luis G. Inclán, México, Océano, 2001, pp. 13-34.
- MONTERDE, Francisco, *apud* Juan B. Uguíniz, *Bibliografía de novelistas mexicanos*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1926, pp. XIX- XX.
- MORALES, Salvador, "Astucia", en *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, Caracas, Ayacucho, 1997, pp. 411-412.
- NOVO, Salvador, "Prólogo" *apud* Luis G. Inclán, *Astucia. El jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama*. Novela histórica de costumbres mexicanas, con episodios originales, t. I, México, Porrúa, 1946, pp. XI-XXVII.
- , "Vida y obra de Luis G. Inclán", en *La vida y la cultura de México al triunfo de la República en 1867*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1967, pp. 171-181.
- NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ, José de Jesús, "El novelista Inclán", en *Revista de Revistas*, año VI (28 de febrero, 7 y 21 de marzo de 1915), México.
- , "El novelista Inclán", en *Los poetas jóvenes de México y otros estudios literarios nacionalistas*, París-México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1918, pp. 69-88.
- , "La novela *Astucia* y su autor", *apud* Luis G. Inclán, *Astucia*, México, UNAM, 1945, pp. IX-XIV (Biblioteca del Estudiante Universitario).
- ORTEGA, Raquel, "Estudio estilístico de *Astucia* de Luis G. Inclán. El lenguaje del charro mexicano", *Revista de Investigaciones Lingüísticas*, t. I (agosto de 1933), núm. 1, México, pp. 10-20.
- ORTIZ VIDALES, Salvador, "Los contrabandistas", en *La arriería en México*, México, Botas, 1941, pp. 39-52.

- PACHECO, José Emilio, "Luis G. Inclán", en *La novela de aventuras*, México, Promexa, 1991, pp. 121-122.
- PIMENTEL, Francisco, *Obras completas*, t. V, México, Tipografía Económica, 1903-1904, pp. 338-341.
- PORRAS CRUZ, Jorge Luis, *La vida y la obra de Luis G. Inclán*, tesis de doctorado, México, UNAM, 1950, 296 pp.
- RULFO Y DE ROSENZWEIG, Teresa, *Las heroínas de la novela mexicana del siglo XIX*, México, Unión Tipográfica, 1954, pp. 27-32.
- SALADO ÁLVAREZ, Victoriano, Respuesta al discurso de Ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, pronunciado por Carlos González Peña, en 1931, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, México, Jus, 1954, pp. 340-344. (Véase también en Carlos González Peña, *Luis G. Inclán en la novela mexicana*, t. XII, Guadalajara, Instituto Cultural Cabañas-Academia Mexicana, 1987, pp. 33-37).
- TOUSSAINT, Manuel, "Luis Inclán", *apud* Luis Inclán, *El libro de las charrerías*, México, Porrúa, 1940, pp. V-XIV.
- WARNER, Ralph E., *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, México, Robredo, 1953, pp. 31-33.
- VOGT, Wolfgang, "Una novela de Luis G. Inclán", en *Latinoamérica, México, Guadalajara*, Guadalajara, Ayuntamiento de Guadalajara-Editorial Ágata, 1995, pp. 107-110.
- YEATS, Helen, *Tres novelas del siglo XIX: Astucia, Los bandidos de Río Frío y El Zarco*, tesis de doctorado, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1948, 119 pp.

7. CRITERIOS DE EDICIÓN

1. Tomo como texto base el de la primera edición, impresa en los talleres del autor y publicada por entregas durante los años de 1865 y 1866.
2. En vista del descuido con el que fue editada la primera edición, corrijo la ortografía, pero respeto el lenguaje popular: tanto

el del narrador como el de los personajes, incluyendo las faltas de concordancia entre el sujeto y el verbo, entre el pronombre relativo y el antecedente y, en general, las *constructio ad sensum*. Sin embargo, debe de tenerse en cuenta lo siguiente:

- a) Se uniforma la ortografía de los nahuatlismos teniendo en cuenta, la mayoría de las veces, el *Diccionario de aztequismos*, de Luis Cabrera (México, Oasis, 1975).
- b) Respecto a los topónimos, se prefieren las formas actuales: Tuxpan en lugar de Túxpam, Tepuxtepec en lugar de Tepustepec, Cuapiaxtla en lugar de Cuapiastla, Oaxaca en lugar de Oajaca, etcétera.
- c) Frente a las múltiples grafías del adverbio *ahí*, se prefiere la forma correcta, aunque es indudable que el autor de la novela transcribía la pronunciación *ahi*.

3. En cuanto a la puntuación, tengo en cuenta la sugerencia de Carlos González Peña (*apud* Victoriano Salado Álvarez [respuesta al discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, pronunciado por Carlos González Peña, en 1931], *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, X, México, Jus, 1954, p. 344), de corregirla y modernizarla.

4. La página de nuestra edición se encuentra dividida en tres partes: la superior contiene la lección a partir de la *editio princeps*; la de en medio, las variantes; y la inferior, las notas de carácter léxico, geográfico, histórico y, en general, cultural.

5. La letra *O* se utiliza para indicar la primera edición; la *B*, para la edición de la Vda. De Bouret; *SN*, para la de Salvador Novo; y *P* para la de Promexa.

6. Las abreviaturas *add.* y *om.* significan ‘agrega’ y ‘omite’, respectivamente.

7. La explicación de una palabra o locución se hace, por lo general, una sola vez, aunque aparezca en varias ocasiones a lo largo de la novela.

8. PRINCIPALES SIGLAS Y ABREVIATURAS UTILIZADAS EN LAS NOTAS DEL TEXTO

AMF. *Anales del Ministerio de Fomento. Industria agrícola, minera, fabril, manufacturera y comercial, y Estadística General de la República Mexicana*, México, Imprenta de F. Escalante y Comp., 1854. (Esta obra se volvió a publicar facsimilarmente con el título *Estadística del Departamento de México*, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1980.)

ARANDA PAMPLONA. Hugo Aranda Pamplona, *Luis Inclán "El desconocido"*, Cuernavaca, Mor., Manuel Quesada Brandi, 1969.

CABRERA. Luis Cabrera, *Diccionario de aztequismos*, México, Oasis, 1975.

DAE. *Diccionario de la Academia Española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992.

DdeM. Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, México, Porrúa, 1992.

DE. Carlos Rincón Gallardo, *Diccionario ecuestre*, México, Talleres Gráficos de la Penitenciaría, 1945.

DUE. María Moliner, *Diccionario de uso del español*, 2 vols., Madrid, Gredos, 1983.

ESCRICHE. Joaquín Escriche, *Diccionario razonado de legislación civil, penal, comercial y forense*. Con citas del derecho, notas y adiciones por el licenciado Juan Rodríguez de San Miguel, México, Galván, 1837. Esta edición fue reeditada por la UNAM en 1993.

GARCÍA CUBAS. Antonio García Cubas, *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1888-1891.